

XOCHILT SARMIENTO

EL
ÁRBOL
DEL AMOR



Romance Histórico



© Xochilt Sarmiento, [2024]

1 ra Edición Paperback

Título de la Obra: El árbol del Amor.

Diseño de Portada: Leydy García

Maquetación: Leydy García

©EdicionesAL.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler préstamos públicos.

A ti, siempre, por ser mi mayor amor, por ser mi inspiración, y regalarme todo lo que soy, todo es por ti.
A todas las abuelitas que están en el cielo, que dejaron marcados nuestros corazones y nuestras vidas transformadas. A esos
 ángeles, que una vez disfrutamos.
 A mi viejita querida.

En la vida, aprendemos mucho y también conocemos todo tipo de amor. ¿Cuál has conocido vos? El amor es hermoso, nunca dejés de sentir, si un día lo haces, dejarás de vivir. Por eso, no dejés de amar, aun cuando te rompan en mil pedazos, sonríe a la vida y continua, que allá en un lugar de la tierra, estará alguien esperándote y estará dispuesto a amarte como lo mereces.

Sinopsis

Una historia llena de magia, de esa que solo el amor te hace sentir, que nace y se desenvuelve en época de invierno.

Valeria hará que te conectes y llores junto a ella. Dedicada a su abuela, pierde en parte su acostumbrada dirección que es casarse. La anciana pierde la memoria, sin que eso impida que continúe recordando al gran amor de su vida.

Su abuelita tiene siempre una historia qué contar, en un entorno en el que hay un árbol lleno de magia, con una flor única y sin igual. El árbol pareciera sentir, sus ramas se agitan tan fuerte que, hasta a ti llegará su suave viento en susurro. Personajes que aprenderán a amar y a creer que en la vida el perdón es vital, son los que se desenvuelven en esta trama.

Un relato con el que no tardarás en familiarizarte y con el que desearás continuar en su lectura.

Capítulo I



Ver a mi abuela era un privilegio. Con tantos años encima aún conservaba su notable belleza. Nunca vi fotos de cuando era una jovencita, no obstante, me comparaban con ella. Supongo que debía sentirme orgullosa y satisfecha, puesto que ella era una mujer que físicamente nunca envidió nada. Siempre la encontraba en ese lugar, allí.

Nunca se iba hasta que el sol se ocultaba.

Muchas veces me contó su historia y sabía que, si iba en su búsqueda, me la contaría nuevamente. Nunca me aburría, al contrario, me encantaba escucharla, no una, sino muchas veces. ¡Creo que la escucharía las veces que fueran!

Sonreí desde la ventana y la seguí observando. Mi padre le mandó a poner una pequeña mesa con sus banquillos debajo de su lugar favorito. Ella seguía tomando su té. No podía verme, ya que estaba a una larga distancia, pero yo sí la distinguía. Su pelo, tan blanco como la nieve; su piel, un poco pálida, pero tan delicada y suave al tocarla.

¡La quería tanto! No sé qué hubiese sido de mí sin su presencia en mi vida en aquellos años. Ella me crio, mi pobre madre falleció cuando me trajo al mundo y, ¿mi padre? Pues, mi padre era un hombre demasiado tosco y de poco hablar. A veces no soportaba estar en su presencia y, para ser sincera, no podía estar con él ni cinco minutos.

¡Todos los días era lo mismo!: Valeria, ¿cuándo vas a casarte?, ¿cuándo vas a dejar de ser una solterona?, y bla, bla, bla. Yo solo respiraba cada vez que lo escuchaba. En ese mismo momento me hablaba. Pronto iniciaría el invierno y, aunque para muchos era molesto por el frío, para mí significaba mi mejor escapatoria, ya que gracias a eso mi padre no me obligaba a ir con él a los bailes en el querido Londres, ni mucho menos a acompañarlo a alguna cena. Eran pocos los eventos a los que asistíamos durante esa temporada. Sonríe una vez más al ver a mi viejita platicar debajo de ese gran árbol.

— ¿Me estás escuchando, Valeria? —, preguntó mi padre, el conde Elton.

— ¡Sí, padre!, lo escucho —, respondí, mientras soltaba un gran suspiro y me giraba hacia él.

— No creo que me estés escuchando, si así fuera estarías enfadada.

— Disculpe, padre, veía a mi abuela en el jardín.

— ¿Ya está otra vez debajo de ese árbol?

— Sí, usted ya sabe que es su lugar preferido. Recuerdo que desde niña me llevaba allí.

— Si, a mí también —, interrumpió, mientras exhala un hondo suspiro. — Bien, Valeria, he

decidido buscarte un esposo.

— ¿Qué? Disculpe padre. ¡No creo haber escuchado bien!

— Sí... sí me has escuchado bien.

— ¿Por qué? —, le pregunté, tratando de controlar mi humor. — Padre, ya hemos hablado del tema.

— ¿Hemos hablado? No recuerdo que yo haya hablado al respecto contigo, Valeria. Te he escuchado, y he respetado por muy loco que fuera el que estés soltera. ¡Por Dios!, tienes 24 años, una edad que muy pocos aceptarían a una mujer para esposa.

—Padre, usted me prometió dejar que yo lo escogiera.

—Sí, pero nunca haces nada. Por eso he decidido tomar las riendas del asunto yo mismo. Y ya tengo un caballero en la lista. Es hijo de un amigo y lo he conocido en esta temporada que, por cierto, te rehusaste a acompañarme.

—¿Lista?, ¿cómo que lista?, ¿soy yo acaso una mercancía?, ¿es así como usted me ve, padre?

—Es por tu bien —, arguyó el señor Elton, haciendo caso omiso a mis reclamos. —Ahorita no puedes verlo así, pero un día me lo agradecerás. Llegarán pronto, los he invitado a pasar unas semanas.

—¿Él ya sabe?, ¿está de acuerdo con eso? —, pregunté farfullando con tanta rabia.— Por supuesto que no le he dicho nada, aunque debe suponerlo. Es un hombre inteligente, hijo de un marqués, estarás en buena familia.

—Yo.... yo no quiero padre.

—¿Y hasta cuando estaré esperando?, ¿tengo que esperar a que al fin te guste alguien? —, me gritó.

—¡Usted amó a mi madre!, ¿por qué debo casarme en contra de mi voluntad?

—Valeria, ¡ya basta! Has conocido a tantos caballeros, muchos han estado en esta casa, otros han venido hasta este pueblo alejado de casi todo el mundo, y tú jamás te enamoras de ellos.

—Es que, padre, usted sabe, no quiero casarme, no mientras mi abuela me necesite.

—Tendrás que aceptar lo que he decidido. Y será mejor que lo trates con respeto, no quiero otro hombre alejado, desilusionado o hasta destrozado por no robar o conquistar tu corazón. Ahora márchate, necesito arreglar algunos negocios antes de ausentarme por varios días.

Ni siquiera me dejó contestarle. Salí y corrí de ese lugar lo más rápido que pude. Padre era demasiado terco como para llevarle la contraria. Me valdría seguir su juego, y con un poco de suerte, este caballero desconocido también saldría huyendo y desaparecería de mi vida.

Decidí ir hacia mi querida abuela. Me senté junto a ella y, mientras tomaba su mano, le sonreí, aunque ni siquiera se acordara ya de mí. Hacía casi más de diez años que no recordaba nada, ni siquiera a su propio hijo. Lo único que en su memoria estaba presente era esa historia, o más bien un cuento que yo creo que era parte de su delirio. Por eso padre no se iba, o bien dejaba que yo me saliera con la mía cada vez que no quería acompañarlo a alguna cena o baile. Sin embargo, la verdad, es que prefería estar con mi abue (como le decía con cariño) que ir con él. No soportaba la idea de dejarla e irme lejos a saber Dios dónde y por cuánto tiempo. Quería estar con ella y verla todos los días, sin demora, sabiendo que estaba aquí, junto a mí, al otro lado de mi habitación.

Mi padre nunca quiso llevarla a un asilo o manicomio, pues, aunque era un tanto duro, fue lo único que vi que hizo bien. Cuando el doctor del pueblo le recomendó que lo mejor era tenerla lejos, porque no sabía exactamente lo que tenía mi abuela, él no soportó la idea y no cedió. Todas las veces que abue tenía alguna paranoia o no sabía en dónde se encontraba y nos

rechazaba por no reconocernos, eran días duros y tristes. Lloré porque hacía tantos años se nos había ido. Tan solo teníamos su cuerpo que, aunque estaba con vida, a veces parecía lo contrario. Padre tuvo que contratar a un gran personal aparte para que se encargaran de ella. Yo también ayudaba y lo hacía con toda el alma. Al pasar algunas semanas nos dimos cuenta que el único lugar que la mantenía con bien y calmada era debajo de ese árbol. Y cada vez que nos acercábamos a ella y se encontraba en su espacio favorito empezaba la historia:

—Este árbol es mágico, señorita. Ya lo digo yo, porque lo he vivido en carne —, dijo, apenas me senté a su lado.

—¿De verdad, abue?, y... ¿qué tiene de mágico?

—¿Abue?, ¿es así como me llamo?

—Sí, y es un nombre muy hermoso, ¿no lo cree usted?

—Sí. Supongo que es bonito. ¿Y mi Benjamín? —, preguntó. Mi abuelo era del único ser humano que se acordaba. Seguro fue un hombre tan bueno, como para que ella siguiera amándolo aún después de muerto. — ¿Podrías llamarlo?, quiero agradecerle que me regalara éste árbol. Hace poco lo plantamos juntos, ¿te lo he dicho?

—¿De verdad? No sabía. ¡Es un árbol muy bonito!

—Te diré un secreto, este árbol es mágico y... no le digas a nadie, se llama árbol del amor. Aquí Benjamín y yo nos enamoramos. En invierno éste árbol silva con mayor fuerza que en otoño y, en sus hojas o en sus flores, hay un polvo, es tan fino que no se puede ver. Un día de invierno Benjamín y yo discutíamos y vino un gran viento, rápido hizo que abandonáramos las contradicciones y sentimos algo especial. Mi corazón empezó a sentir amor por él —, exclamó, mientras yo recordaba que mi amado abuelo era hijo de la jefa de la cocina. Era cierto, él le regaló el árbol, pero mi abuela era demasiado mimada y todo el tiempo peleaba con mi pobre abuelo. — Él también se enamoró de mí en ese instante.

—Es una historia muy bonita abuela.

—¿Historia? No es solo una historia, es real, los dos lo sentimos. Este árbol es mágico, ya lo creo yo. Aquí por alguna razón no peleábamos.

—Sí, le creo abuela. Es hora de entrar a casa, el sol se está ocultando.

—Dile a Benjamín que mañana volveré.

—Él ya lo sabe, querida abuela. Ahora vamos, debe comer un caldo que han preparado con mucho gusto.

—Y usted... ¿quién es?

—¿Yo...? Yo solo soy una persona que la quiere con toda su alma —, le respondí. La tomé de su brazo frágil y, a un paso lento, pero seguro, nos dirigimos a casa. Ella muchas veces giraba hacia atrás mirando a su gran árbol. A veces pienso que hacía eso por sentir que se alejaba de mi querido abuelo. No lo conocí, pero si escuché historias de su gran corazón. Dice abuela que padre se parece a él, eso lo tengo en duda. Estar con ella me hacía olvidar de mis propios problemas. Cada tiempo con ella, lo disfrutaba siempre.

Capítulo II



Llegó el día que mi padre había dicho la semana anterior, y con él lo que dijo que vendría: El marqués y su hijo Anderson. El padre era muy cordial y su primera apariencia no me pareció tan mal, sin embargo, su hijo era un hombre engreído, prepotente y arrogante, haciendo siempre gala de su gran título. Tenía, por lo que deduje, unos treinta y cinco años. ¿Por qué seguía soltero? Lo que escuché en una plática a puertas cerradas, fue que simplemente no quería casarse. También decían que no era un mujeriego, que si tenía la oportunidad de disfrutar con las mujeres lo hacía, y si no se le presentaba una no pasaba nada. Su actitud reservada hacia las mujeres, no se debía a una en particular. Estaba también muy enfocado en los negocios con su padre.

Esa conversación me dio esperanzas. Si era un hombre que no quería a ninguna mujer, entonces no habría ninguna oportunidad de un casamiento no deseado. Pude notar que mi padre desconocía esa información y quizás sus esperanzas desaparecerían. Para él, aquello no sería lo que esperaba, en cambio para mí, era alentador.

Todo fue normal al ser presentados. Los señores se encontraban disfrutando de un buen brandy mientras hablaban de sus negocios. En ningún momento ese caballero se acercó a mí, y en silencio se lo agradecí. Hasta que un día, mientras caminaba como era de costumbre por los jardines de nuestra casa, él se acercó.

—Señorita Elton, casi no hemos tenido la oportunidad de conversar —, expresó, mientras se situaba a mi lado. Al ver que no me detenía al escuchar su voz, él siguió mi paso y puso sus manos como todo caballero acostumbraba. Ese gesto me sorprendió, porque pude notar que lo hacía con suma elegancia.

—Hola, señor Anderson, ¿qué tal su mañana?

—Muy bien. Aunque debo decir que una plática con su padre me ha mantenido algo despierto. No es que no me lo imaginara, pero escuchar y saber que no son deducciones mías, es otra cosa.

—Lamento mucho cualquier cosa que padre le haya dicho. Disculpe, por favor, cualquier incomodidad.

—Es usted muy cordial, no obstante, creo que debemos dejarnos de tanta cortesía y actuación. Sé que sabe de qué le estoy hablando —, me aseguró. El tono de su voz empezó a molestarme.

—No, señor Anderson, usted se equivoca. Disculpe mi ignorancia, me temo que no sé de lo que habla.

—¡Por favor!, ¿me va usted a decir que no sabe de las intenciones de su propio padre?

¡Señorita Elton, no soy tonto! —, exclamó con jactancia. — Sé perfectamente que su padre nos ha invitado con el único propósito de que usted me seduzca.

—¿Qué me está queriendo decir, señor Anderson? —, respondí, deteniendo mi paso para hacerle frente.

—Usted es una solterona, está más que claro decir que al enterarse de la amistad que su padre mantiene con el mío, no ha dudado en sacar provecho.

—¡Está usted ofendiéndome, señor Anderson! — dije, tan segura de mí. Que mis palabras lo impresionaron.

—¿Sí?, ¿piensa que voy a creer lo que me está diciendo? Ha querido pasar desapercibida para que yo me interese en usted, y así llamar mi atención —, comentó con el ceño fruncido

—¿Ésta usted demente, señor Anderson? Le diré algo: sí, es verdad que pasó desapercibida, pero lo hago porque realmente no me importa su presencia en esta casa, y no porque quiera llamar su atención. Es más, señor Anderson, no me agradecería negociar con usted, ni mucho menos casarme.

—Está usted de broma, ¿verdad? ¿Sabe cuántas damas han querido casarse conmigo?

—Entonces, vaya a donde ellas, visite a sus padres y no se preocupe por mí, que no pretendo casarlo, ni mucho menos —, dije tajante, y tras esas palabras lo dejé solo o al menos eso quise pensar. Ese caballero tan solo se había acercado para discutir.

—¡Espere allí, señorita Elton! —, me gritó, por supuesto, no seguí su orden. — ¡Qué espere, le he dicho! —, repitió, tomándome del brazo con brusquedad. — ¿Me está rechazando? ¿Sabe usted, milady, que lo que está haciendo es una actitud deplorable, de muy mal comportamiento? ¡Usted me debe respeto! —, farfulló con mucha rabia.

—Primero, señor Anderson, le exijo que tenga la decencia de soltarme, me está lastimando —. Él lo pensó un poco, pero al final obedeció. — Y no, no lo estoy rechazando. ¡Usted no se ha declarado! Y le recuerdo, señor Anderson, el respeto debe ser mutuo, ¡usted ha venido a decir cosas que a una dama no se le expresa!

—Entonces, quiere decir que no sabe lo de su padre, ¿es eso?

—¡No! Se lo he dicho, y espero no haya mal interpretado las palabras de mi padre. — No, señorita Elton, no las he mal interpretado. Pero quiero que le quede claro, usted sería dichosa de escuchar una proposición de mi parte.

Sin decir nada más, se retiró. Y pude observar que estaba demasiado molesto, pues, claro, era demasiado arrogante para aceptar que era rechazado.

Capítulo III



Los tres siguientes días volvieron a la normalidad, ni una sola palabra con ese hombre y fui muy feliz con eso. El invierno ya había llegado y con él las oleadas de frío que eran bastante intensas. La lluvia empezaba a caer y a medida que pasaban las horas se convertía en tormenta, haciendo que la estancia de los Anderson se aplazara por más tiempo. Mi padre no me decía nada porque no encontraba el momento oportuno, nunca estábamos a solas, no obstante, presentí que ya había declinado a emparentarme con ese caballero, y le agradecí.

Siempre tenía una rutina. Lo que más me gustaba era ir con abue a su lugar preferido, a escuchar su historia. Pero en cada invierno esos momentos se hacían difíciles, pues las lluvias no paraban ni un momento, evitando que también ella fuera a su lugar. Durante el invierno tenían que dormirla con sedantes y yo la visitaba, aunque eso no la ayudaba en nada. Siempre iba a preguntarle por su historia y todo era en vano, no recordaba nada y se alteraba. Al final siempre la sedaban.

Visitarla era doloroso y, si bien había pasado mucho tiempo así puesto que con cada invierno ella se alteraba, siempre dolía. El dolor nunca se iba, ni siquiera menguaba. Sin ella, mi rutina cambiaba. Entonces decidía tocar piano, coser, leer mis libros favoritos, tomar té, tener una pequeña siesta. Cada invierno me daba cuenta que, sin abue, mi vida era más vacía, más dolorosa.

Creía en el amor y, por alguna razón, creía en la historia que ella contaba, pero lo creía de una manera distinta. Ese lugar también se había vuelto mi espacio favorito, me olvidaba de todo y escuchaba a la abuela sin parar. Si era mágico o no, no lo sabía, sin embargo, sí estaba segura que amaba más esos tiempos en que pasábamos juntas debajo de aquel árbol.

Y mientras tocaba la sinfonía número cuarenta de Mozart, el joven señor Anderson se acercó a mí. De reojo noté que desde hacía varios minutos me miraba con detenida atención, pero no quise mostrarle que lo sabía. Tocaba muy bien el piano, ese era mi instrumento favorito y junto a él pasé momentos agradables. Cuando lo tocaba me olvidaba de todo y todos. En sus momentos de lucidez, la abuela me decía que cuando yo tocaba la transportaba a otro lugar, quizás porque lo hacía con el corazón, emoción y sentimiento. Me esmeraba por transmitir todos esos sentimientos, por eso noté que el joven señor Anderson estaba disfrutando de mi presentación.

—Felicidades, señorita Elton, ejecuta usted muy bien el piano. Me he dado cuenta de la pista que ha tocado y vuelvo a felicitarla, esa es una de las más difíciles que existen -, dijo,

mientras se acercaba a mi

—Gracias, señor Anderson —, le respondí, y le dirigí la mirada con una inclinación corta mientras estaba aún sentada.

—¿Qué otra partitura conoce? —, me interrumpió en el justo momento en que iba a continuar, sorprendiéndome con su cortesía y amabilidad.

—¡No tantas como quisiera, señor Anderson!

—Es usted de muy pocas palabras, ¿verdad?

—Si soy de pocas palabras o de muchas, no está en mí decirlo.

—Presumir un poco no es malo, es de mala educación cuando se presume en exageración —, expresó. Yo pensé en lo presumido y arrogante que me pareció cuando hacía énfasis de su título.

—No tengo tanto que crea que debo presumir.

—¿Sabe?, usted no es como muchas mujeres, señorita Elton.

—¿Eso es un cumplido o un problema?

—Eso aún no lo tengo claro. Creo que lleva de los dos

—, consideró con tono de confusión.

Yo no dije nada, le sonreí y le aparté la mirada. Busqué en mi partitura otra letra, pero él no apartaba su vista de mí y me empezaba a incomodar.

—Señor Anderson, ¿necesita algo más?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque su mirada está empezando a incomodarme.

—¿Eso es malo?

—No me parece bien y es de muy mal gusto. Si yo lo viera a usted del modo que ahora me ve, se enojaría y quién sabe Dios qué haría.

—¿Quiere saber por qué la veo tanto?

—No. Solo quiero que deje de verme de ese modo.

—No sé cómo, pero aun la veo tocando y escucho la pista. Veo cómo sus manos acarician las teclas del piano, sus gestos al tocar la melodía, y todo lo que me hizo sentir. Fue exquisita —, carraspeó y tragó grueso. — digo, la música —, aclaró, mientras se apoyaba en mi piano con su bebida.

—Con su permiso, señor Anderson —, concluí levantándome de mi asiento lo más rápido que pude.

—¿No tocará más? —, preguntó mientras me tomaba nuevamente del brazo, aunque esta vez no me lastimaba.

—No. Iré a ver a mi abuela.

—¡Toque otra! —, lo escuché decirme.

—No tengo ánimos, he tocado demasiado, señor Anderson.

—¡Toque nuevamente, es una orden! No le he dado permiso para que se retire.

—No necesito su permiso, puesto que esta es mi casa y no le debo ninguna presentación en especial. Recuerde que usted es un invitado de mi padre.

—Es de pocas palabras, pero cuando puede dice todo lo que quiere, incluso para presentar un mal comportamiento.

—Señor Anderson...

—Ya estoy casando de escuchar “señor Anderson”, le doy permiso para que me diga Edmund.

—Gracias por su amabilidad y su autorización, no obstante, será mejor que nos rijamos con lo que dictan las costumbres. Ahora, por favor, puede usted soltarme —. Parecía que él lo hacía sin darse cuenta, pues al notar que me tenía tomada de la mano se puso rojo. No estoy segura, pero sentí que se enojaba consigo mismo. Me soltó y nuevamente me volvió a ver de una forma extraña e incómoda, seguía analizándome o no sé.

—No quiero que se...—. Justo cuando al parecer se disponía a disculparse, mi padre llegó junto a nuestro otro invitado. El joven Anderson tomó distancia.

—¡Aquí estás, hijo!, pensé que estabas tomando una siesta —, dijo su padre.

—observé a la señorita Elton tocar el piano y decidí quedarme a escucharla.

—Mi hija toca muy bien su piano, y no lo digo porque sea mi hija —, intervino mi padre. Eso era algo que le agradecía, alagarme con mi habilidad en el piano.

—¡Usted tiene razón, señor Elton! —, expresó el joven Anderson, ensimismado y aun viéndome.

—Con el permiso de todos —, dije. Mi padre me dio el permiso que esperaba y me retiré.

Era falso que iba donde mi abuela, seguro ella estaba dormida, pero yo no quería la compañía del joven Anderson, su presencia me incomodaba y aún estaba molesta con él. No tuvo la decencia de disculparse por su agresión verbal. Es verdad que yo no era de hablar mucho, pero cómo iba a hacerlo si solo vivía prácticamente con mi abuela y padre, aunque con éste último hablara mucho menos.

Llegué a mi habitación y su última frase: “no quiero que se...”, ¿me vaya?, ¿Qué me detenga?, ¿qué me niegue a obedecer sus órdenes?, ¿qué sea desobediente? Creería todas las peores, porque ese caballero engreído difícilmente tenía un corazón.

Cuando llegó la cena mi padre mandó a solicitar mi presencia. Últimamente cenaba sola en mi habitación, puesto que los caballeros lo hacían en el despacho de padre. Pensaba que era demasiado poner la gran mesa solo para una persona, por lo que tenía el permiso de comer en donde yo quisiera, incluso si mi abuela se encontraba bien lo hacía junto a ella, aunque se encontrara dormida.

Los caballeros estaban alegres, afuera la lluvia seguía cayendo. Cada día los torrenciales eran más violentos, los árboles se movían por la gran fuerza del viento, el aire era demasiado frío, el viento susurraba.

Había pato asado, el favorito de padre. Seguro de postre eran las tartas de manzanas, y en eso nos parecíamos un poco, pues a ambos nos encantaban. Cuando llegué al salón, saludé, esperé el permiso para entrar y sentarme en mi lugar. Me incliné ante los caballeros, incluido mi padre. Así era yo, mi padre me educó para recibir bien a los visitantes y ser cordial con ellos, mostrando buenos modales, amabilidad y una hermosa sonrisa. Era algo que ya lo tenía bien practicado, aunque muchas veces era cansado.

Cenamos, yo no hablaba. Mi padre decía que si tenía algo que opinar lo podía hacer, siempre y cuando las personas me preguntaran. Mis conversaciones en esa cena eran monosílabos: sí, no... me parece bien. Guardé silencio cuando empezaron a hablar de política, quería darles mi opinión, no obstante, soy mujer, eso es prohibido ante la sociedad. Luego escuché cómo hablaban de sus negocios, tampoco dije algo, ni quise. En toda la cena el señor Edmund, como quería que lo llamara el joven Anderson, cosa que no iba hacer, seguía viéndome, analizándome. Entonces comprendí que estuvo mal de mi parte haberle dicho que me incomodaba, porque ahora estaba segura que lo hacía por hacerme enojar o incomodarme, incluso aún más.

—Señorita Elton, lamento mucho el estado de la señora Elton. Su padre nos ha contado que usted vela por su abuela todo tiempo —, dijo el marqués. Yo solo bajé la mirada, ese gesto era interpretado como una forma de sumisión, pero, la verdad, yo lo usaba a mi favor, lo hacía cuando no quería decir nada y en ese momento no quería responder, dejé que continuara, mi padre intervino.

—Sí, es un gesto tierno. Pero mi hija deberá entender que es momento de asumir su propia vida, por muy difícil que sea —. Yo conocía esas palabras y su significado, no presté atención. Él prosiguió: — Le agradezco mucho que ame a mi madre, pero debemos aceptar que la hemos perdido y que hay mucho personal para cuidarla.

—Haga caso a su padre, señorita Elton, usted debe seguir con su vida —, reforzó el marqués. Le sonreí, pero falsamente. No entendía: si una mujer se entrometía en la vida de los demás era censurable, si un hombre lo hacía, eso era de lo más normal que había. La hipocresía en la misma sociedad me molestaba en gran manera.

Al terminar la cena, los caballeros se dirigieron a fumar y tomar brandy. Escuché que jugarían alguna partida de ajedrez, por lo tanto, yo ya no tenía nada qué hacer, no porque no pudiera jugar, pues era muy buena en eso, sino porque ya no quería estar rodeada de gente, sobre todo tener cerca a ese caballero que con su mirada empezaba nuevamente a molestarme.

Capítulo IV



Esa mañana nunca la olvidaré. En mi corazón ese día había una tristeza profunda, tan grande que deseé, y para ser honesta, quedarme dormida para siempre. ¿Quién se hubiese imaginado que ese día mi abuela ya no estaría entre nosotros? Al menos yo no. Sabía que solo era cuestión de tiempo, no obstante, que ese momento llegaría era otra cosa. El doctor la revisó y recuerdo que dijo que su partida fue sin dolor alguno. Al menos eso fue algo que siempre pedí, que se fuera sin sufrir.

¿Cuál fue el motivo de su muerte? Ni el doctor lo supo. Me despedí de ella como debía y no dejé que las doncellas la vistieran, sentí que debía hacerlo yo. Y lo hice, le puse el vestido que sé que alguna vez le encantó. Tan suave como ella, blanco como su piel, le coloqué su anillo de casada y una pequeña joya que el abuelo le había obsequiado. Recordar esa historia me hizo sonreír en un momento tan fatal. Esa cadenita era una baratija, pero eso a ella nunca le importó. La toqué y, cada vez que lo hacía, sentía un gran hueco en el alma.

Aunque sepas que un día se irá alguien a quien amas, nunca terminas de prepararte, y yo era una de esas. Lloré como una niña, ¡jamás había derramado tantas lágrimas! Cuando vi su rostro estaba tan lleno de una paz que no podría explicar. Por alguna razón ella estaba feliz, quizás de descansar de una enfermedad tan grave y sobre todo de volver con el amor de su vida.

Cuando mi padre se enteró, por primera vez en mi vida lo vi con el rostro ensombrecido. Amaba mucho a la abuela. Supe tantas historias bonitas de su infancia con sus padres, que muchas veces pensé que la abuela me mentía solo para que no lo odiara. Pero, ese día, me di cuenta que la abuela tenía razón. Se retiró sin siquiera decir nada a encerrarse a su único lugar, al que nadie podía entrar sin su permiso. No habló con nadie, ni siquiera con los Anderson.

El mayordomo tuvo que atenderlos algunas horas, aun no podían irse. Ese invierno tan fuerte y lluvioso, nunca lo olvidaré.

Luego de vestir a la abuela, tuve que ir con los marqueses. Y como era debido, dieron sus condolencias. Y les agradecí que hayan decidido quedarse para apoyar a mi padre, quien aún seguía encerrado. No sentí que lo dijeran por la lluvia, ese gesto fue el primero que percibí real por parte de ambos caballeros. Me dieron su apoyo, pero nada podían hacer. Me ofrecieron su ayuda para organizar los preparativos del entierro, pero se asombraron cuando les dije con toda cordialidad que eso estaba planeado hace mucho tiempo. Entendieron que era algo inevitable y una orden del mismo doctor.

Los únicos familiares que teníamos era una tía lejana, que no pudo asistir porque vivía

demasiado lejos y el tiempo no ayudaba. Así que procedimos a enterrarla en donde de seguro ella quería quedar.

Mi padre tardó un día en salir y, cuando lo hizo, su rostro, o más bien sus ojos, estaban enrojecidos. No le dije nada, ni siquiera lo abracé, pues temía que me rechazara, aunque algo en mi conciencia me gritaba que lo hiciera, sin embargo, no hice caso. No estaba preparada para un rechazo de él delante de gente a la que yo no conocía.

Les agradeció a los Anderson su presencia y éstos dijeron las mismas palabras que antes me habían dicho a mí. Por primera vez me sentí bien que estuvieran allí, sobre todo ese día.

Capítulo V



Parecía que la lluvia había amainado. Mientras todos se encontraban con el cura del pueblo, decidí alejarme, aunque fuera por un momento, y lo hice. Por alguna razón mis pies me llevaron hacia su lugar favorito.

Y volví a romperme en mil pedazos, la miraba sentada en su silla, hablando debajo de este árbol. Escuché su voz a cada instante y lloré una y otra vez, hasta caer de rodillas. Ni siquiera me di cuenta que la lluvia había regresado y empezaba a empaparme. Ahora sí me sentía sola, ya no tenía a nadie que me amara como ella lo hizo. Ni siquiera me percaté que alguien se había acercado.

—Señorita Elton, le hará daño la lluvia —, me dijo. Sentí tanta amabilidad, o tal vez era pena, no lo sé.

— Déjeme sola, señor Anderson —, contesté, sin ganas de mirarlo. Aún seguía de rodillas, ni siquiera me dio pena que me viera destrozada y llorando, mucho menos que me viera con el vestido y los zapatos hechos pedazos.

—Sabe que no puedo dejarla. No he podido darle mis condolencias.

—No es necesario —, lo interrumpí, — si de verdad lo siente, déjeme sola, lo necesito.

Él se acercó hasta donde yo estaba y se puso de rodillas para darme un pañuelo. Vacilé mucho tiempo en tomarlo, así que él agarró mi mano y lo depositó. Ese gesto hizo ablandar mi corazón y alcé mi rostro para verlo. Lo vi por tantos minutos, que él tuvo que romper el silencio.

—Por favor, le hará daño. Va a conseguir una pulmonía y no creo que a su padre le sienta bien que este aquí —. Me ayudó a levantarme ya ni siquiera lo aparte. Por primera vez alguien tuvo un gesto tan amable conmigo que me sentí como encantada. Yo aún lo miraba a los ojos y quise indagar en ellos. Sentí que decía algo que de verdad sentía, y me di cuenta que no era por lástima hacia mí. De verdad sentía mi gran dolor. Estaba tan empapado como yo.

El viento soplaba tan fuerte que temí que me arrastrara. En ese momento algo raro ocurrió: el árbol empezó a moverse, pero no de la manera en que siempre lo hacía. Ese movimiento era tan distinto, se movía hacia el lado contrario de los demás árboles que nos rodeaban, sentimos que algo caía sobre nosotros, algo tan suave, delicado o quizás liviano. No eran gotas de lluvias, porque las gotas eran más espesas, lo que nos caía era diferente. Ambos mirábamos a los lados y luego hacia arriba, mirando ese árbol extraño. Y cuando hicimos eso, había una flor, era anormal por su color distinto.

En un par de segundos, esa flor cayó. ¿Hacia dónde? No lo supimos, pero lo que sí vimos

fue que se convirtió en polvo, en algo fino que cayó sobre nosotros. No me di cuenta que él aún me tenía entre sus brazos, y cuando ese momento mágico terminó, nos alejamos. Nos quedamos viendo, él no dijo nada, lo vi perplejo, también yo estaba así. Ahora sí, la lluvia empezó a caer con más fuerza y él hizo otra cosa que me sorprendió, me tomó de la mano e hizo que camináramos con prisa hacia la casa. No pude decirle nada, ¿Qué podía decirle? Ni yo misma me lo creía, en verdad ese árbol estaba como hechizado o algo así.

Capítulo VI



Cuando llegamos a casa, entramos por la parte trasera. Me soltó y salió, no se fue como un caballero normal, iba huyendo, como si hubiese visto algo incomprensible. Ninguno dijo nada. No pude siquiera regresarle el pañuelo que tan amablemente me brindó. Yo también me marché, subí a mi habitación y me cambié.

No me había percatado de lo desastrosa que me encontraba. El vestido, los zapatos no solo estaban mojados, tenían mucho barro y mi rostro lleno de lágrimas. Si mi padre me hubiese visto en esas fachas, seguro me habría reñido. Volví entonces a pensar en mi abuela, en que ya no estaba más conmigo, y las lágrimas amenazaron con salir de nuevo. Ni siquiera llamé a mi doncella, no quería estar rodeada de nadie y decidí cambiarme sola, o al menos tratarlo. Lo logré, aunque no con tanta agilidad.

Llegó el día del entierro. Mi padre quiso respetar el deseo de nuestra querida abuela y fue otro gesto que me conmovió e hizo que lo admirara. Antes de que la abuela perdiera la memoria, al cumplir años le pidió a mi padre que el día que la sepultaran lo hicieran junto al abuelo. Fue ese día que me enteré que el abuelo no estaba en el cementerio, a como la abuela dijo en tantas ocasiones. Eso me sorprendió mucho. En vida, él y ella pactaron en secreto lo que nadie supo hasta ese día, solo mi padre. Mi abuela hizo todo lo posible para que unos hombres la ayudaran a sacar al abuelo de su tumba en el cementerio, para enterrarlo debajo del árbol. Aquello le pareció aterrador a mi padre y, por mucho que le reclamó, no logró hacerla cambiar de idea. El enojo de mi padre fue tan grande que estuvo mucho tiempo sin hablarle a la abuela. Pero, con mucha paciencia y serenidad, ella dejó que superara su enfado. —Ya se le pasará —, decía, y así fue. Al fallecer el abuelo, ella dejó en claro que era su marido y que por lo tanto tenía derecho de enterrarlo en donde quisiera. Pagó a los hombres, pero nunca dijo quienes fueron.

El cura del pueblo hablaba en el entierro, aunque yo no escuchaba nada. Poca gente llegó a la ceremonia, pues las lluvias eran incesantes. Además, padre no quiso invitar a nadie más, porque la abuela ya no tenía ni siquiera una amiga. Todas, absolutamente todas, fallecieron más jóvenes que ella. Nuestra familia lejana en Londres no pudo asistir. Los únicos presentes éramos mi padre, los Anderson, el cura del pueblo, los lacayos, el doctor, las doncellas, que tanto querían a la abuela, y yo.

Con el joven señor Anderson no volví a hablar, sentí que después de nuestro encuentro debajo de este árbol me esquivaba, no sé por qué. Ni siquiera me miraba. Si me encontraba en una sala, él se alejaba. Parecía que empezaba a temer ante mi presencia. ¡Qué ironía!, antes era

yo quien lo evadía, ahora era él quien no soportaba estar cerca de mí.

Al finalizar las honras fúnebres, por alguna razón tuve la necesidad de verlo y, al parecer, él parecía haber tenido la misma sensación. Ambos nos miramos por unos instantes y luego él dejó de hacerlo. Recordé otra vez ese momento y ahora lo recuerdo muchas veces. Fue extraño, éste árbol era anormal. Ver la tumba de la abuela junto a la del abuelo fue conmovedor. Ni siquiera les daría el sol, pues el árbol era demasiado grande como para brindar una sombra increíble.

Su mesa y sus sillas seguían intactas, ni siquiera con el invierno mi padre las mandaba a quitar y parecía que las dejaría allí por siempre. Era verdad que la abuela no estaba en cuerpo, no obstante, su alma perduraría para siempre en mi corazón y en cada recuerdo que tengo junto a ella. Éste árbol era ahora mi lugar favorito y, en secreto, prometí visitarla y hablarle. También supe que su historia permanecería cerca de mí.

En ese instante recordé ese momento extraño que ocurrió, que me envolvió junto al joven señor Anderson. Mi abuela contaba sobre la magia de aquel árbol, pero jamás me había sentido extraña y con raras sensaciones. Nunca creí que el árbol fuera mágico, porque eso sí que era una locura. Su historia comenzó a sonar en mi mente. ¡No! no debía creer en esa historia, esa historia que muchas veces me hizo gracia.

Capítulo VII



Aquellos fueron largos días, los más duros que tuvimos que pasar. Luego del entierro, los Anderson tuvieron que partir, pues habían pasado demasiado tiempo ausente y, por lo que escuché, la marquesa no estaba bien de salud. Además, quisieron aprovechar que las lluvias aminoraron un poco.

El día en que se fueron fue un jueves. A veces la cordialidad pide demasiado. Yo no quería ir a despedirlos, pero, como era de esperar, mi padre mandó por mí. El marqués fue amable conmigo y yo le agradecí su grata compañía. Su hijo no fue tan amable y, para ser honesta, hasta en ese momento de despedida su cordialidad o amabilidad parecían haberse esfumado. Solamente se inclinó hacia a mí, y dijo:

“Señorita”.

¿Por qué se comportaba así? ¿Tan cretino? Sin siquiera ser educado, al menos yo por educación hago bien las cosas y obedezco las reglas, aunque muchas veces no pueda hacerlo. Me enojé muchísimo, no lo negaré. Cuando se marcharon, los vi desde la ventana de un pequeño salón. Traté de recordar si lo ofendí o hice algo indebido, sin embargo, mi memoria no me facilitaba las cosas. Nunca nadie me hizo sentir tan ofendida y molesta al mismo tiempo.

Traté de no prestarle atención, pues el caballero no merecía que me sintiera mal cuando yo no hice nada para molestarlo.

La navidad estaba a pocos días y nadie en casa quería hablar de ello. Nadie estaba de ánimos para celebrar algo que es mejor en familia. Ahora esa palabra, “Familia”, me parecía lejana y veía imposible volver a sentirme así. Hacía tantos años que las navidades dejaron de ser bonitas y alegre. Al contrario, eran distantes, tristes. Tan solo se revestían de recuerdos.

Los únicos buenos momentos navideños que tengo en mi memoria, eran los de la abuela, cuando le encantaba preparar la comida ella misma, cuando le gustaba decorar e incluso cuando me daba un pequeño obsequio. Recuerdo sus galletitas, unas que hacía solo para mí, y que yo debía tomar con leche. Recuerdo subirme en sus piernas mientras ella me contaba una historia. Tenía una imaginación increíble, porque cada vez inventaba una. Luego de olvidar todo, ya ninguna Navidad volvió a hacer igual, pero al menos la tenía con vida o más bien su cuerpo. Ahora no tengo ni su cuerpo, solo la tengo en mi memoria, sus recuerdos solo existen en mis pensamientos.

—He decidido irnos a Londres, a pasar las fechas —, me dijo padre, mientras entraba a mi alcoba.

—Yo... yo no quisiera ir. Si no le molesta, quiero quedarme aquí.

—Iremos a Londres. No te hará ningún bien quedarte en este lugar. Ya no tienes con quien estar, así que es mejor que vengas conmigo, y no quiero ninguna objeción. — Él se marchó. Yo no pude decirle nada, y tampoco lo haría. Tenía todas las de perder. En mi vida, no había ido en contra de su voluntad. Algunas veces podía reprocharle, pero eran muy pocas. Y en momentos como éstos ya no me quedaban ganas de hablar ni tampoco tenía las fuerzas para hacerlo. De inmediato ordené a las sirvientas a que me ayudaran a hacer mi equipaje. No podía usar cualquier cosa, el negro era lo único que debíamos usar por el momento, así que no habría muchos cambios. Ni un solo color, toda la ropa escogida fue negra.

Capítulo VIII



La casa que mi padre tenía en Londres era más modesta y pequeña. Pero igualmente lujosa. Aunque nunca se compararía con la que teníamos en Claverton. Al llegar ni siquiera pensé en ir a ver a nuestros familiares, tan solo se me apetecía una pequeña siesta que, dentro de mí, quería que fuese eterna.

No tenía amigas, hasta eso había descuidado. No solo estaría soltera para siempre, sino que no tendría a alguna amistad que me quisiera. No era que mi prima no fuera como una, pero era familia.

Leticia siempre había sido la más alocada de las dos, aunque desde su casamiento con el conde de Bart había cambiado. Ahora se debía a su esposo, y no la juzgaba, porque en verdad estaba enamorada. Henry, como era su nombre, era bueno, agradable, quizás demasiado cariñoso para una mujer con una mente tan libre. Las cosas que ella me contaba me llenaban de una vergüenza que jamás había sentido, sus cartas las tenía que quemar luego de leerlas, puesto que padre o incluso algún sirviente podría encontrarlas, escandalizarse y, de paso meterme a mí en problemas, en graves problemas.

Ni siquiera hablé con mi padre. En el camino ambos veníamos en silencio, tan solo nuestras respiraciones escuchábamos o quizás alguna expresión de alegría de mi pobre doncella.

Leticia llegó esa misma noche. Entró a mi habitación y tan solo fue a abrazarme rompí en llanto. Mi abuela era su tía lejana, pero aun así lamentaba su muerte y más la entristecía no haber estado allí. Sin embargo, no la culpo, apenas hemos llegado y las lluvias han regresado.

—¡Oh, mi querida Valeria, llora!, llora todo lo que tengas que llorar, no tengas ninguna pena —, me dijo. Ni siquiera fui capaz de contestarle, tan solo hice lo que me decía.

—Gracias por haber venido hoy, no tenías que hacerlo.

— Sí, sí tenía. Tu padre me ha informado de tu llegada, tenía que verte y pedirte disculpas por no haber estado contigo. Verás, no solo no pude por las lluvias torrenciales, ¡y vaya que fueron fuertes! La de hoy no se compara a las anteriores, ¡ya te digo yo! Notarás cómo todos hablan de lo mismo, nunca se había visto un invierno tan cruel y despiadado. Bueno, como te decía, tampoco he podido ir a verte porque no he estado bien de salud —, dijo sonrojándose, y entonces me di cuenta.

—¿De verdad?, ¿es lo que me imagino?

—Sí, eso que te imaginas, aunque va a depender de lo que te estés imaginando.

—¿Estas embarazada?

— Sí, al principio pensé que era una simple gripe, pero luego el doctor descartó toda enfermedad. He tenido náuseas como no te imaginas, y los viajes largos me hacen sentir demasiado mal, ni siquiera puedo ir en el carruaje porque no tolero nada. He venido hasta aquí caminando con Henry, él está con mi tío.

—¡Felicidades, Leti! No sabes cuánto me alegro por ti. Esa es una buena noticia, la única que he recibido y me agrada.

—Gracias, serás una tía extraordinaria, así que tendrás que estar más tiempo aquí junto a mí, porque te necesito. He pasado encerrada sin siquiera ir a bailes, porque todo me da náuseas, el olor a todo.

—Ya me imagino, y... ¿cómo te sientes?

—Bien, Henry está feliz. Dice que tendrá a su heredero, yo creo que será una niña. — Sea cual sea, será bienvenido —, le dije. Por esas horas me olvidé de todo, de mi dolor, y compartí la felicidad de mi querida prima.

No fue mucho el tiempo, pero agradecí a ambos. Cuando pude felicitar a Henry noté como su rostro se engrandecía. Su sonrisa y sus ojos mostraban lo feliz que se sentía y sobre todo lo orgulloso que estaba de su nueva vida.

La noticia hizo que me abriera un poco el apetito y cenamos junto a mi padre, aunque él lo hizo rápido, marchándose de la mesa tan pronto como quiso. Seguíamos sin hablar, y me sorprendí. Era increíble el tiempo que llevábamos sin dialogar o, mejor dicho, sin discutir. Aunque tampoco era que tuviéramos qué decirnos.

Sus actitudes de dejarme a solas ya no me molestaban. Cuando terminé de comer, subí a mi alcoba y cerré mis ojos. Solo fue cerrarlos y caí como no había dormido en mucho tiempo. Soñé con ella, con sus manos, con su mirada, su sonrisa, hasta escuché su voz. También soñé con él, era raro, porque nunca había soñado con un hombre. Esa noche fue la primera, y la última vez que lo vi en mis sueños.

La Navidad llegó y, cuando pensé que no haríamos absolutamente nada, mi tía Charlotte nos invitó a que pasáramos la Navidad juntos. Mi padre no se rehusó.

Cuando llegamos a casa estaban todos reunidos, los tres hijos de mi tía: Mart, Terry y Leticia, que era la menor. Nunca me llevé mal con ellos, sin embargo, yo cruzaba pocas palabras cuando estaban cerca. Todos estaban casados y unidos con familias de buen linaje, con ellos estaban sus esposas y dos niños, que más tarde me enteré eran de Mart. Ni siquiera sabía que ya era padre.

Lo felicité y él correspondió con una pequeña muestra de cariño. Ese abrazo me hizo sentir que estaba viva. No me dijo nada, pero con ese gesto supe la razón. Se dirigió junto a mi padre, que se encontraba con el esposo de tía Charlotte, el señor Martín.

El que sí pudo hablar conmigo fue Terry. Me dio sus condolencias de un modo tan extraño, que más bien me provocó risas. Se acercó a mí y, como nunca hablábamos tanto, solo me dijo: lo siento prima... y se fue corriendo detrás de su hermano.

—No les prestes atención, ellos son así, de pocas palabras. En eso te pareces a ellos —, intervino Leti, quien durante ese rato observó los dos espectáculos. — Me ha sorprendido que Mart te diera un abrazo, no es de mostrar sus sentimientos en público. Aunque no niego que sus hijos lo han cambiado, y debo decir que ha sido para bien. Ven, vamos con mis cuñadas —. Me tomó de la mano y fuimos.

Las mujeres de mis primos eran muy amables y cada una de ellas me hizo sentir cómoda. Las recordé, fui invitada a ambas bodas, pero después no volví a saber nada de ellas y ni siquiera

pregunté. Era poco lo que sabía de sus vidas, puesto que mi querida prima de lo que más hablaba era sobre su persona y muy pocas veces contestaba a mis preguntas. Así que después decidí no sentirme mal por no saber sobre las vidas de mis primos, puesto que Leticia prefería hablar de ella misma que de sus hermanos, y esas palabras son citadas a como Leti las escribió.

Ese mes pasó rápido y el año nuevo llegó. Yo la pasé con Henry y Leticia, mi padre rechazó la invitación con cortesía. Después me invitaron a pasar con ellos unos días en su casa de campo en Banbury. No les acepté de inmediato, pues no quería ir, pero, como Leticia me conocía demasiado, para mi buena suerte, habló con padre y por supuesto que él no se negó. Aunque esas vacaciones solo se podrían dar hasta después del nacimiento del bebé, puesto que Leticia se sintió mal y por poco pierde a su criatura. Me dolió mucho verla así, decaída y triste, deseaba a ese hijo con tantas fuerzas que hizo todo lo que el doctor le ordenó, y ella no era de ser obediente.

Estar en reposo les haría bien a ambos.

Pensé que mi padre me mandaría a EltonHouse, no obstante, parecía que no eran sus intenciones. Nuestra estancia en Londres se alargó de manera indefinida. No quiero saber lo que habría hecho si padre así lo hubiese ordenado cuando abue apenas vivía. Un mes de su partida y sentía como si hubiese sido ayer.

Una mañana me llegó una carta, me sorprendió muchísimo, y al leer el contenido me extrañó aún más. Era Amelia, la esposa de mi primo Mart, me invitaba a una taza de té en su casa. No quería ser descortés, así que acepté la invitación. Nunca había ido a casa de mi primo, me sentía tan nerviosa como nunca lo estuve.

Cuando llegué, ella fue la mujer más increíble y agradable, con su tono de voz reconfortante y, era tan bonita, que era grato verla todo el tiempo, su pelo rojo concordaba con sus mejillas sonrojadas, sus ojos eran de color miel. Era mayor que yo, al menos me llevaba diez años, pero la diferencia de edad no impedía que disfrutara de su compañía.

Me contó tantas cosas, de su historia con mi primo. Me sorprendió saber que ella en un principio no estaba enamorada de Mart, como él de ella. Con el tiempo, tras tanta persistencia de mi primo, también empezó a amarlo, puesto que él luchaba por su amor. Me compartió del momento especial cuando llegó su primogénito y luego el otro. En sus ojos había un brillo hermoso cada vez que hablaba de mi primo, ella se iluminaba y se enrojecía como si estuviese hablando de su prometido, o del muchacho que apenas conocía y con el que no se le permitiría mostrar su amor.

Estuve tanto tiempo con ella que no me percaté que era demasiado tarde, tanto que, cuando Mart llegó, ya no pude irme. Ambos me invitaron a cenar.

Era verdad, Mart mostraba sus sentimientos hacia ella y sus hijos. Verlos como una familia real, unida, llena de amor, me hizo sentir que yo jamás podría siquiera pensar en tener algo así, ya que, pasé toda mi vida cuidando de abue que descuidé mi soltería o, más bien, para lo que nos crían, para casarnos.

Pensar en eso y ver a mis familiares así, me hizo sentir un poco de tristeza, sin embargo, luego recordé que el amor no solo era eso, amar a un hombre por ser tu esposo. En la vida hay muchos tipos de amor y yo pude experimentar el mayor de uno, el amor de una madre. Porque, aunque nunca le dije madre, ella era como si lo fuese. Todo remordimiento se borró, así como entró.

La pasé mejor de lo que me hubiese imaginado. El carruaje llegó por mí hasta después de las ocho, pues Mart sobre avisó a mi padre que me querían por más tiempo. Era raro, por primera

vez me sentía tan bien con otras personas que no fueran mi abuela o Leticia. Y me sentí tan feliz, Amelia era una nueva amiga.

Capítulo IX



Amelia continuó invitándome a pasar en su compañía. Los niños, que aún estaban pequeños, uno de tres y otro de un año, eran dulces como su madre. Las historias de mi nueva amiga eran cada vez más asombrosas. Todo lo que hizo para no casarse con mi pobre primo, me sacó de mi propio mal estado.

El invierno casi llegaba a su fin y el frío infernal era muchas veces imposible de soportar. A veces, para ir de paseo por la calle o visitar otro lugar no bastaba con arroparse bien. Sentía cada vez cómo calaba por dentro de mi propio cuerpo, poco antes de terminar el invierno, enfermé y ya no pude ir a visitar a Amelia.

No la pasé bien, las fiebres eran muy altas y no soportaba el dolor en el cuerpo. No probaba bocado, pues todo lo que intentaba comer lo devolvía. La señora de la cocina me consentía e hizo mucho caldo para que se me pasara el malestar, pero no me llegaba nada. El doctor me dio medicamento, sin embargo, para ser honesta, sentía que no hacía efecto.

Quizás yo misma no colaboraba para recuperarme. Me sentía sin fuerza alguna. Mi padre llegaba a verme y no dejaba de estar pendiente de mi salud. Aún no le hablaba tanto, pero cada vez que escuchaba su tono o miraba su rostro, era de preocupación. Después de tantas semanas sin hablarme, él rompió el hielo:

—¿Cómo te sientes, Valeria?, ¿deseas algo?

—Estoy bien, no se preocupe. El dolor ha disminuido.

—Yo te veo igual.

—Quisiera estar en casa.

—No podemos moverte. No debí dejarte salir casi todos los días, tampoco debí consentir que vinieras tan tarde —, reclamó en tono enérgico. Nunca antes lo escuché hablar así.

—No es su culpa, es normal que me enferme, el clima no es de ayuda.

—Debes comer. Tienes que poner de tu parte.

—Lo sé, lo estoy haciendo.

—Te dejaré descansar, si necesitas algo, por favor toca la campana.

Supe que no salió en todos esos días de mi enfermedad, se mantuvo en casa para estar pendiente de mi salud, para saber todo lo que me pasaba o cómo me sentía. Al fin, sentí que me quería.

Mi abuela siempre me dijo que él me quería, a su manera, pero que lo hacía. Yo nunca creí eso, porque él no me mostraba ni un poco de cariño. La Abuela me aconsejaba que no lo juzgara,

porque mi padre, después de la muerte de mi querida madre, sufrió mucho y dentro de él algo cambió grandemente. Su corazón o sus sentimientos se endurecieron. Yo pensaba que me echaba la culpa por la muerte de mi progenitora, pero, ¿cómo podía ser culpa mía? Yo no pedí nacer, tampoco supe que ella corría peligro en el parto y, peor aún, que después de darme a luz, ella se fuera. Siempre lo sentí así, yo le quité la vida, ella dio la suya por mí.

Leticia no podía visitarme, su reposo era estricto y yo tampoco quería que se contagiara con algo tan peligroso. No quería llevar en mi conciencia otra vida más. Amelia fue tan maravillosa, me demostró que le importaba. Al principio, cuando me invitó a su casa la primera vez, pensé que lo hizo por compromiso o por complacer a su esposo. Pero, con el tiempo fue demostrándome lo contrario.

Un día la tenía en mi casa, preparándome su sopa casera y cuidando de mí. Empezaba a verla como una hermana mayor. Ni siquiera le importó que yo la enfermara o contagiara, al contrario, allí estaba para mí, atenta, cuidándome.

Incluso me ayudó a tomar el baño que ya necesitaba.

Su generosidad era tan grande, que pidió permiso a mi primo para quedarse a mi lado. Yo, por supuesto, me rehusé, no obstante, no le importó mi negativa, ella, ya tenía tomada su decisión. Me dijo que solo se iría hasta que yo me sintiera mejor. Tal vez fue eso lo que hizo que me recuperara rápido. Un día amanecí mejor de salud, la fiebre ya no estaba, tan solo la tos, que era poca. El cuerpo no me dolía más y ya podía comer.

Platicábamos de todo y me gustaba su conversación. No era como Leticia, con quien la mayoría de veces no hablaba de mí, solo de ella. Era grato saber que alguien más me escuchaba y también me entendía.

Cuando ya estuve restablecida, ella partió. Le agradecí muchísimo su cariño y todo lo que hizo por mí. Me respondió que, para ella fue un placer. Con sus pequeños estaba acostumbrada a desvelarse cuando enfermaban.

El invierno se había marchado, pero su temperatura característica seguía intacta.

Londres empezó a bañarse con la luz del sol. La primavera ya asomaba. Durante mucho tiempo visite a Amelia, ella también regresaba la visitaba constantemente. Recuerdo que después de muchos meses de amistad verdadera, llegué a tenerle una gran confianza que nunca tuve con Leticia. Hablábamos, reíamos, opinábamos. No era que me olvidara de mi abuela, ni del dolor que sentía por su ausencia. El dolor y la tristeza seguían, pero cada día sentía que ya podía vivir sin ella o, al menos, la presencia de mis primos me ayudaba a tolerar su ausencia.

Leticia ya podía visitarme. Aunque no debía demandarse. Me dijo que sentía celos, porque sentía que yo me había alejado, pero no era así. Se lo aclaré y quedó más tranquila. Con Leticia nunca iba al teatro, pues ella carecía de ese gusto por el arte, pero con Amelia sí podía ir a disfrutar de una obra increíble. No importaba el tiempo que estuviéramos sentadas, en cada acto guardábamos silencio y disfrutábamos de todo lo acontecido.

Capítulo X



Un día me sorprendí. No había pensado más en él, ni siquiera volví a tenerlo en mis sueños. Sin embargo, de pronto, estaba en el mismo lugar que yo, viendo la misma obra. Estaba en un palco frente al mío y no sé si me había visto, pero empecé a sentirme incomoda. Amelia lo notó.

—¿Estás bien, querida?

— Si, solo que he visto a un conocido, es todo —, le respondí. Esa era una de las cosas que aún no le contaba a mi amiga, no porque no quisiera. Era que no me sentía bien conmigo misma contando algo que ni yo lograba entender.

— ¿Y quién es?, dime, tal vez lo invitemos.

— Es mejor que continuemos viendo. Es el último acto y ya va a empezar.

— Está bien – me dijo sin tono de curiosidad

Traté de ver el último acto, pero no podía. Mis ojos me traicionaban y obligaban a verlo. En un momento mis anteojos se resbalaron, fue cuando me di cuenta que él me estaba observando a través de los suyos.

Me sentí nerviosa, aunque inmediatamente pude tomar control o al menos disimular un autocontrol que en ese momento era falso y vacilante.

Me sentí como una tonta porque él me sorprendió espiándolo. Ahora él creería que me importaba y no era así, solo tenía una simple curiosidad. Recordé que todavía tenía su pañuelo, luego de usarlo lo limpié yo misma.

También vi que estaba con una mujer muy hermosa, que se miraba más joven que yo y era tan perfecta que, debí reconocerlo, o más bien pensarlo, me hizo que pusiera los pies sobre la tierra.

No presté más atención en ellos, aunque algunas veces sentí un poco de curiosidad. Me prometí no volver a verlo, ni a él ni a ella. La imagen de ellos dos tonteando o diciéndose cosas al oído, fue algo que me impactó, no porque él me importara, sino porque tiempo atrás había dicho que no quería casarse. Fue todo, o quizás me estaba engañando. ¡No, no quise seguirle dando vueltas al asunto!

Sentí que me quedaba sin aire y le dije a mi amiga que quería salir a estirar mis pies por unos minutos. Ella solo asintió sin siquiera darse cuenta del asunto. Agradecí que le gustara tanto una obra.

Cuando salí al pasillo, solamente estaban algunos lacayos. Les sonreí amablemente y me dirigí hacia una parte en donde estaba una ventana abierta.

Mucha gente caminaba aun y los carruajes andaban de un lado a otro. Algunas parejas tonteaban entre ellas. Estaba tan ensimismada con todo lo que mis ojos veían que no me di cuenta que el joven Anderson se acercaba.

—Vaya, vaya, vaya... es increíble lo que las mujeres hacen para conseguir un esposo —, expresó con sarcasmo. Esas palabras me dolieron, no lo negaré. Su tono de voz era insultante, pero ni eso me inmutó.

—Hola, señor Anderson, ¡tanto tiempo!, ¿cómo le ha ido?

—No sea sónica, señorita Elton, ¿qué hace usted aquí?

—He venido a disfrutar de una hermosa obra teatral, como todos los presentes.

—¿Acaso me está siguiendo?

—¿Siguiendo?

—Es increíble lo que las damas hacen. Ahora, en esta ocasión, no lo niegue — me dijo, mientras se acercaba mucho y me obligaba a retroceder.

—No sabía que Londres le perteneciera.

—¿Me va a decir ahora qué no está aquí por haberse enterado de mi regreso?

—No, señor Anderson, no he sabido de usted y tampoco he querido indagar como está suponiendo —, le dije con firmeza. — Con su permiso, regresaré, ha sido un placer —, le expresé con tono de burla.

Sabía que venía detrás de mí, así que apuré mis pasos, sin embargo, me alcanzó y me tomó del brazo con violencia. Los pocos lacayos nos miraban bien atentos.

—No quiero saber que anda investigándome, señorita Elton. Ni tampoco quiero verla en los mismos lugares, no creo en coincidencias. Aléjese de mi familia y de mí.

—No se preocupe, señor Anderson, usted a mí no me importa —. Por alguna razón se quedó mirándome seriamente y luego me soltó con brusquedad, dejándome en el mismo pasillo al que había querido ir.

Cuando regresé junto a Amelia me sentía avergonzada y humillada. Pensé que había visto algo bueno en él cuándo fue tan amable conmigo, pero me equivoqué, el señor Anderson era peor de lo que imaginé. No sé por qué estaba tan enojado conmigo, hasta donde yo recordaba no hice nada que pudiera molestarlo.

Salimos aprisa de allí, o al menos yo lo hice. Ni siquiera dejé que Amelia fuera por una bebida a la sala principal. Le pedí que saliéramos, que me sentía muy cansada. Lo bueno fue que me creyó y no hizo preguntas. En toda la noche no pegué los ojos, su voz me sonaba a cada instante con esas palabras o actitudes que yo ni siquiera me las había ganado. En mucho tiempo traté de no encontrarlo, pero era algo que no podía evitar.

Capítulo XI



Me di cuenta que Amelia lo conocía, o más bien eran primos. Eso me puso nerviosa y con tanta pena, puesto que no quería alejarme de Amelia por su causa.

¿Qué habrá pensado él cuando me vio con su prima?, ¿qué me hacía amiga de sus familiares para poder casarlo? Yo no haría algo así, ni siquiera sabía que ellos eran parientes. Poco a poco empecé a visitarla menos. Siempre buscaba una excusa, incluso me iba con Leticia para poder evitarla. Me daba pesar alejarme de ella, pero no quería que él volviera a decirme algo así y, es más, no quería volver a dirigirle la palabra.

Las veces que Amelia me visitaba era feliz, otras nos íbamos junto con Leticia y las tres la pasábamos bien. Aunque muchas veces extrañaba los tiempos que compartíamos juntas, Amelia notó el cambio en mi comportamiento, no por ella, sino porque algo me pasaba. Y tuve que ser lo más discreta posible. Ella apreciaba mucho a su primo, me di cuenta por la forma en que hablaba de él. También me decía que estaba queriendo casarse con la señorita Emily Jones porque a sus padres les urgía tener nietos. Más tarde supe que estaba comprometido.

Fui invitada junto a mi padre a una cena que no pude rechazar a casa de Amelia. Leticia iría junto a Henry y mi otro primo con su esposa. Esperaba que él no fuera uno más.

Mi padre mencionó en una ocasión que los Anderson se encontraban otra vez en Londres y me enteré que él se reunió en muchas ocasiones con ellos. Menos mal no se le ocurrió invitarlos a casa a cenar, o al menos hasta ahora.

Cuando llegamos a casa de Amelia, todos nos recibieron con mucha cordialidad y amabilidad. Leticia ya había llegado y estaba sentada esperándome. Saludé a todos, sin embargo, no pude evitar mi desagrado cuando me sentí obligada a saludarlo. Él me miraba molesto. ¿Qué culpa tenía yo de esa situación? Mi padre estuvo encantado de verlo. Luego de saludar a todos, sin excepción, fui rápidamente hacia donde estaba sentada mi amada prima.

Ella notó que me sentía incómoda o algo enojada. Me interrogó, pero, como siempre hacía, le pregunté acerca de su vientre tan voluminoso, que se le olvidó.

Lo ignoré toda la noche. No lo miraba, trataba de ver para todos lados menos a su dirección. Amelia se extrañó al saber que conocía a su pariente y no dejó de hacerme preguntas del por qué no se lo había mencionado. Yo le aseguré que no tenía ninguna importancia y que no conocía que fueran familiares, hasta que ella empezó a contarme de su existencia. Eso pareció dejarla tranquila, al menos hasta que se le ocurriera indagarme más.

Los caballeros se dirigieron a jugar una partida de cartas, mientras las damas nos quedamos

conversando. En una pequeña oportunidad, Amelia se me acercó pidiendo que la acompañara a la cocina a pedir algo. La seguí, aunque vislumbré que no era precisamente eso. Cuando nos alejamos de la vista de todos, me tomó del brazo y me guió a las primeras salas de su casa, en las que había tres terrazas. Me arrastró a una pequeña que se encontraba a nuestro lado.

—¡He visto las miradas que Edmund te lanza! —, me dijo, queriendo escuchar de mí una explicación.

—Seguro estas exagerando Amelia.

—Yo no me equivoco Valeria, con estas cosas soy muy cuidadosa. O ¿acaso no te has dado cuenta?

—Realmente no, he estado tan entretenida con todos, que no he notado nada. ¡Todo debe estar en tu cabeza!

—No lo sé, te mira de una manera que pareciera que te estuviera estudiando o analizando. No se pierde ningún movimiento que tú haces.

—No es nada. Por favor, deja de pensar así. Recuerda que él ya escogió. Además, seguro que recuerda que me vio tan mal en el invierno que debe pensar en que estoy igual ahora.

—Mmm, sí, puede que tengas razón. Quizá es eso —, consideró finalmente. Al parecer esta vez sí me había creído y me sentí aliviada por eso. — Regresemos.

—Ve tú, yo esperaré unos momentos o creerán que estamos conspirando —. Ambas sonreímos.

— No tardes, aun hace frío.

No sé por cuánto tiempo estuve en ese pequeño lugar, tampoco me percaté que en otra terraza vecina estaba él, se asomó a encender un puro. Sentí su presencia cuando ya estaba al lado y, sin siquiera dirigirle la mirada, me dispuse a retirarme, o al menos lo intenté.

—¡No se preocupe, señorita Elton, yo no muerdo! —, manifestó al ver que me retiraba. De inmediato caminó rápido y me cerró el paso para colocarse frente a mí, mientras se acercaba. Tuve que verlo para responder a su mirada, pero no pensaba en hablarle.

—¿Ahora no me habla?, ¿así pretende ganarse mi cariño? —, recalcó con una sonrisa perfecta que mostraba todos sus dientes. No caería en su trampa, así que tampoco respondí al insulto.

— Me retiro, usted siga disfrutando o haciendo lo que sea que hace —, expresó con enojo, al ver que yo no le respondía, pero no pudo continuar, porque no quise seguir escuchándolo.

No, no quería hablarle. Él no valía la pena para que yo fuera tan amable y educada. Por primera vez hice lo que quería hacer. Sentí que se enojaba, pero, ¿qué más daba! Él era arrogante e iba humillándome diciendo todo lo que se le antojaba. Yo estaba en mi derecho de no decir nada.

Continué ignorándolo, y no solo eso, ni siquiera volví a verlo. Aunque estuve segura que él no quitaba sus ojos de mí. Vigilaba todo lo que hacía y empezaba a incomodarme. Mi primo Mart y Amelia me pidieron una pequeña presentación en su piano, y no tuve más remedio que aceptar.

Toqué la misma melodía que conocía tan bien. No quería hacer el ridículo y menos cuando él se encontraba allí. No le daría ninguna oportunidad para burlarse de mí. Cuando empecé la melodía de Mozart. Viajé a ese día, ese día de invierno, cuando él se acercó a escucharme con atención. Recordé la forma en que me miraba, también cuando me ordenó que tocara otra, cuando se acercó hasta donde yo estaba y me dijo palabras que nunca supe, porque no las terminó.

Otra vez estaba allí y miraba sin apartar su vista de mí, me analizaba, sus ojos estaban dilatados y más oscuros. Tomaba su bebida más a prisa como si fuese agua. Noté su mirada, incluso sentí su respiración agitada, también vi cuando se mordisqueaba sus labios o lamía con su lengua los residuos del brandy. Por primera vez en toda la noche me atreví a verlo, y estaba empezando a arrepentirme.

Por poco me equivoco, decidí que era mejor concentrarme en mi presentación. Cuando terminé todos aplaudieron, incluyéndolo a él.

Capítulo XII



El verano se fue tan pronto como llegó. No quise ir a ningún baile, porque sabía que él se encontraba con su prometida. Salían juntos a todos lados y muchas veces los miré bien amorosos, sobre todo si yo estaba presente.

No volvimos a hablar, sin embargo, aun sin que me lo reafirmara, sabía que cada vez que se encontraba con la señorita Jones era como si me lo repitiera, que nadie lo casaba, que él escogía y que yo había perdido el tiempo.

A veces me miraba más con resentimiento, ¿por qué?, no lo supe. No me atrevía a preguntarle. Ambos aprendimos a ignorarnos.

Mi padre aún no se decidía a volver. Me dijo que quizá en otoño. Cuando el otoño llegó, su promesa de regresar aunque fuera por unos días era cada vez más distante. Yo quería ir a visitar a abue. No se puede olvidar a alguien a quien has querido durante toda tu vida.

Leticia dio a luz a una hermosa niña, a la que llamó Isabela. ¡Era tan bonita! Iba a visitarlas más seguido. Su decisión de amamantarla me sorprendió, pues había contactado con una nodriza y luego dijo que ella quería cuidarla y encargarse de alimentarla.

Muchas veces se quejó que no dormía, aunque al final eso no le importaba. Se sentía tan feliz y al mismo tiempo agotada. Ella cambió mucho, pero esa niña hizo que fuera para bien. Todos nos encariñamos con ella, sobre todo Amelia, que no daba a luz a una niña.

Era increíble cómo mi vida había cambiado por completo. Si meses atrás me hubiesen dicho que estaría en Londres con una nueva amiga y una vida distinta, no lo creería. Mucho menos podía pensar en que la abuela ya no estaría.

Cada día pensaba en ella, no obstante, aprendí a recordar los momentos más bonitos a su lado. Su voz perduraba en mis oídos, su olor, incluso en mis sentidos. Pensaba en ella, pero su recuerdo era distinto. La extrañaba, sin duda, aunque me consolaba saber que ahora descansaba y seguramente estaba junto al amor de su vida. Sonreía cada vez que su rostro me invadía. No podía evitar ver a una anciana con una muchacha, porque siempre nos reflejaba en ellas.

Con mi padre ya hablábamos un poco más, no solo monosílabos como antes. Aunque de ese trágico día y de nuestros sentimientos, no hacíamos comentario alguno. El luto poco a poco ya lo íbamos dejando.

—He invitado a los Anderson a cenar con nosotros —, me notificó mientras desayunábamos. Esas palabras hicieron que la piel se me erizara.

—¿Quiere que yo esté presente? —, le pregunté, teniendo en cuenta que no quería aquella visita.

—¡Por supuesto!, sería absurdo que no estés con nosotros. Vendrá también la señora Anderson y su hija.

—Como usted diga, padre, ¿será algo elegante o formal?

— Formal, no te preocupes.

—¿Alguien más vendrá? —, le pregunté de nuevo, pensando que al joven señor Anderson se le ocurriría traer a su enamorada. — Quise saber solo para prepararme.

— No... Solo son ellos cuatro.

No sé qué tiene el tiempo, porque cada vez que quieres que transcurra despacio, lo hace rápido, y cuando quieres que lo haga rápido, pasa lo contrario. Ese día no fue una excepción. No quería que llegara, pero la noche asomó y junto a ella los invitados de mi padre. Me arreglé lo suficiente como para no parecer que quería impresionar.

Los marqueses estaban realmente elegantes. Siempre se distinguían por su gran porte, y los vestidos de las marquesas eran increíbles. Empezaría a sentirme incomoda o al menos ese fue mi presentimiento.

Pero al contrario de todo lo que presentía, la señora Anderson y su hija Maya eran distintas a otras damas. El joven señor Edmund no dudaba en aclarar su posición siempre que podía, mientras que su hermana era tímida y algo distraída. La marquesa hablaba demasiado y el marqués, pues, era hombre con todo el derecho de comportarse como quisiese. Las marquesas aparentaban ser buenas personas, ya que eran más cordiales y educadas, quizás porque a las mujeres pocas veces se nos permitía comportarnos como nos gustase.

Pronto pasamos a la sala principal para degustar deliciosos y exquisitos platos: patata asada acompañada con un asado de carne de pato y una variedad de verduras. De postre se serviría nuevamente una tarta de manzana.

—¡Todo está delicioso, señor Elton! —, dijo educadamente la señora Anderson. — Gracias, señora Anderson, pero no tuve nada que ver, quien organizó todo fue mi hija, ella escogió incluso todo lo que ahora están saboreando —, respondió mi padre, orgulloso de mi labor.

—Entonces, felicidades a la señorita Elton, por su muy buen gusto —, intervino el señor Edmund, alzando su copa.

—Señorita Elton, es usted una buena ama de casa. Cuando mi esposo me dijo que no se ha casado, me quedé sorprendida.

—Ha estado muy ocupada rechazando a los caballeros, ¿verdad, señorita Elton? —, replicó el joven señor Edmund, con tono jocoso.

—Mi hija estuvo cuidando a mi madre, que en paz descanse. Aunque esa responsabilidad nunca se la asigné, ella lo hizo con mucho amor —, intervino mi padre, quien por primera vez, sin pretenderlo, me defendía.

—Entonces, es usted una mujer increíble, señorita Elton —, dijo Maya, para agregar a continuación: — Yo pronto estaré casada —. Al decir estas palabras, ella se mostró abatida.

—Sí, mi hija se, casará con un joven de una familia de buen linaje. Es el duque de Grafton, y nuestro hijo también se casará pronto, aunque hubiésemos deseado que emparentara con otra familia duquesa.

—¡Pensé que la señorita Jones le agradaba, madre! — se quejó el joven señor Anderson, un tanto molesto por la sinceridad y expresión de su madre.

—¡Oh, me cae bien, sin duda!, pero debo decir que me caería mejor si hubiese sido la hija

de un duque.

—Disculpen, señores, a mi esposa Alisa se le olvida a veces guardar su opinión —, intervino el señor Anderson, molesto por lo que consideró una impertinencia de su querida esposa.

Nadie más dijo nada por varios minutos, solo se escuchaba el sonar de los cubiertos. Esos segundos me bastaron para analizar el comportamiento de los presentes. Ahora entendía por qué el señor Anderson se rehusaba a salir junto a su esposa, la consideraba demasiado indiscreta, pues siempre decía lo que quería. Mis pensamientos acerca de ella no estaban errados, buscaba una mejor posición para sus hijos, no bastaba lo que ellos tenían, ella deseaba más. Las madres son así, buscan alcanzar lo mejor para sus descendientes, no debía juzgarla pero era difícil para mí no hacerlo.

La señorita Maya era tímida, si yo era de pocas palabras, ella lo era más. En toda la cena la escuché decir alrededor de cinco palabras y no volvió a hablar más. Parecía que se avergonzaba del mal comportamiento de su progenitora.

El señor Anderson y su hijo se encontraban más serios de lo normal, especialmente el segundo, que rápidamente empezó a tomar su bebida para luego pedirle más al sirviente que estaba a cargo del vino. No me dio la mirada en toda la noche, parecía que se enojó por el comentario que su madre hizo de su enamorada.

Al terminar la cena los caballeros pasaron a otra pequeña sala. Allí podrían hablar de lo que quisieran y también encender sus puro sin escuchar los quejidos de sus familiares. Quise irme de primero, pero debía esperar a que ellos se retiraran y no me quedó más remedio que hacerles compañía a las damas.

Esa situación era un poco embarazosa, puesto que la señora Anderson hablaba y hablaba demasiado, sus conversaciones acerca de su fina forma de vestir, para decorar e incluso para organizar sus fiestas y bailes no eran agradables. Se jactaba que todos siempre hablaban de su buen gusto, y seguramente también hablarían ahora, por haber sabido escoger buenas familias para sus hijos.

Estuve escuchándola por mucho tiempo. Yo sonreía y asentía, aunque algunas veces no escuchaba ni una parte de lo que hablaba. De pronto se quedó entre dormida y, al verla que no seguiría hablando, se me ocurrió invitar a la señorita Maya a que diera un paseo conmigo en el pequeño jardín que estaba detrás de la casa.

Era otoño, y aunque a veces hacía un viento frío, nos podíamos dar el pequeño gusto de caminar. Ella aceptó y noté que su rostro cambiaba.

—Gracias, señorita Elton —oí decirle amablemente.

—Oh, si desea puede llamarme Valeria, por mí no hay problema —, la interrumpí. — disculpe mi mal comportamiento, por favor, prosiga.

—No se preocupe. Entonces, también dígame Maya. Espero disculpe a mi madre por su indiscreción.

—Tampoco se preocupe usted, señorita... Maya, su madre es encantadora — argumenté, mientras ella daba un resoplido.

—Es usted muy amable o increíblemente buena como para decir algo así. Sé que mi madre suele ser demasiado cruel cuando quiere.

—Nunca me he sentido mal por ser hija de un conde o por escuchar opiniones de las demás personas.

—Y no tiene por qué. Nunca he entendido las clases sociales. Es más, para serle honesta las

creo injustas —, me reveló muy triste.

—¿Está usted bien?

—Yo... discúlpeme, señorita... disculpe Valeria, pero la confianza que usted me hace sentir me lleva a confiarle algo que nadie sabe.

—Maya, yo...

—¡Por favor!, no sé a quién decírselo, no obstante, necesito revelarle un secreto o terminaré explotando. No puedo más, créame que no puedo más —, confió un poco alterada mientras se ponía de rodillas. Yo la sostuve mientras la conducía a un pequeño banquillo lo suficientemente grande para que ambas alcanzáramos.

—Señorita Maya, debe de calmarse. Sea lo que sea, lo solucionará.

—Es que no entiende. He... he pecado —, confesó llorando. — Y ahora no sé cómo decirle a mis padres que estoy embarazada —, concluyó Maya. Aquellas palabras me dejaron enmudecida, sin poder expresar más nada.

—Por favor, Valeria, no me juzgue. Me enamoré del hombre que no debía —. Tras un pequeño silencio ella continuó en sollozos hasta continuar con su relato: — Se trata del conde de York, me enamoró y engañó con palabras bonitas, caí en su trampa.

—Y el conde, ¿sabe de su estado?

—Sí, y lo que es peor es que ahora afirma que no es suyo. Y lo es, yo no he estado con otro hombre en mi vida. ¡Ay, Valeria!, no sé qué hacer, mi madre se enojará y ambos me echarán. Eso sin dejar de pensar en lo que Edmund puede llegar a hacer para cobrar la afrenta.

—Tampoco yo puedo entender todo esto, ¿cuánto tiene?, digo ¿de embarazado?

—Dos meses, ya pronto se me notará. No puedo casarme con un hombre cuando estoy embarazada de otro. ¡No sé qué hacer! —, clamaba Maya, tanto que temí que nos escucharán y me culparan de que le hubiese hecho algo.

—No... no sé qué decirle, señorita Maya —, le respondí con tanta pena. Parecía una niña, aunque seguro tenía los dieciocho años.

—Me correrán, me alejarán de ellos, estoy segura.

—Shhhh, viene su hermano. Debe calmarse, iré hacia él. Lo distraeré —, le dije, mientras miraba al joven señor Edmund que se acercaba.

—Señor Anderson, ¿necesita usted algo? —, le pregunté con mucha amabilidad, una que nunca tuve con él.

—He decidido acompañarlas, si me disculpa, iré por Maya.

—No, no, por favor, dejémosla un momento. Le he contado una historia y parece que la ha conmovido mucho.

—¿Historia?, ¿qué historia?

—Es privada, algo de mujeres —. Parecía que mis palabras no eran suficientes y empezó a caminar hacia su hermana. Tuve que tomarlo de la mano y de eso me arrepentiría, lo sabría después.

—¿Quiere usted acompañarme a casa? Su hermana deseaba tomar aire y, ¿ya ve?, ella irá por el otro camino.

—¡Algo le pasa!, ¿puede soltarme, señorita Elton? —, reclamó sin siquiera verme, pues en ese momento observaba a su hermana mientras caminaba de prisa por otro camino hacia la casa.

—¡Disculpe usted!

—Yo no soy tonto, sé que algo le pasa a mi hermana —, gritó molesto. No pude retenerlo por más tiempo y empezó a seguir a su hermana. Ella ya había caminado lejos de nosotros y,

cuando la alcanzo, la hizo girar y vio sus ojos enrojecidos. —Pero, ¿qué le ha hecho usted a mi hermana? —, reclamaba a gritos para que yo lo escuchara, y seguidamente zarandéo a Maya para hacerla hablar. De nuevo se giró hacia mí en busca de respuestas, mientras yo me acercaba.

—¿Qué! No le he hecho nada, ¿por qué dice eso?

—Entonces, ¿por qué tiene...?

—¡Basta!, ella no me ha hecho nada —, exclamó Maya, interviniendo en nuestra discusión.

—¿Qué te dijo? Seguro te ofendió con sus comentarios. Tú eres muy joven, con todo lo que te hacen o dicen, lloras. ¡Eres demasiado sensible!

—¡Estoy embarazada! —. Aquella revelación de Maya a su hermano fue inesperada, algo que no se podía asimilar de golpe. Después volvió a llorar inconsolable, mientras el joven Elton estaba impávido por el golpe repentino.

Hubo uno de esos silencios profundos e incómodos. Ninguno de los tres diría algo, más bien parecía que el joven señor Anderson no se encontraba bien.

—Estoy embarazada, ¿no dirás nada?

—¿Es del duque de Grafton?

—No, del conde de York.

—¿Cómo es posible! Tú... tú vas a casarte.

—Sabes que no amo al duque, mi madre me obliga a aceptarlo. Me enamoré mal, pero lo hice. Lo hecho, hecho está.

—¿Es así como piensas justificarte? Has arruinado tu vida.

—Ella no ha arruinado su vida —, intervine cuando menos lo esperaban.

—¿Y usted qué hace aquí escuchando?, retírese ahora mismo, denos espacio —, exigió, mientras se giraba hacia a mí.

—No le hables así a la señorita Valeria, ella no tiene culpa de mis actos —, reclamó Maya. Su hermano volvió a girarse hacia ella.

—¿Valeria?, ¿desde cuándo son amigas? —, preguntó irritado y con el ceño fruncido.

—Basta. Me iré solo cuando prometa que no hará alguna estupidez —, respondí.

—Y usted, ¿quién se cree que es para darme una orden? ¡Retírese ahora mismo!, debo hablar con mi hermana.

—Me iré, pero no porque me lo ordena. Lo haré porque Maya necesita hablar con usted. Estaré aquí si me necesitas —, concluí dirigiéndome a Maya. Esta asintió.

No puedo decir que no escuché, ambos gritaban como locos. Él estaba decepcionado y ella se sentía mancillada. Maya estaba en un gran aprieto y me dio mucha pena, pensé que en verdad no debió haberme dicho nada, puesto que ahora era parte de esto. Y si mi padre se enteraba de lo que estaba sucediendo, cosa que no iba a ocultarse por más tiempo, yo estaría en un gran aprieto.

Los vi desde una distancia prudencial. El enojo del señor Anderson era grave y la angustia de ella era profunda. Después de un par de minutos ambos regresaban y se dirigieron hacia el lugar en que yo me encontraba. Cuando él llegó a mi lado, me susurró al oído: “No intervenga en los problemas de mi familia, manténgase alejada”. No me dijo más, se fue como un león lleno de furia.

Maya me dijo que su hermano, le insinuó que debía perderlo, no obstante, por supuesto, ella no quería hacerlo. Lloró más, se afligió mucho. Yo no pude poner distancia, ella confió en mí y no solo quería que la escuchara, también requería consejos. Pero yo no era nadie en su vida para aconsejarla con algo tan grave, se lo dije y simplemente siguió llorando.

Cuando logró serenarse entramos y parecía que nadie se hubiese dado cuenta de nuestra

ausencia por tanto tiempo. Se despidieron, el joven señor Edmund me miraba con más odio.

Capítulo XIII



Por muchos días no supe de la señorita Maya, hasta que una tarde tocó angustiada a mi puerta.

—He escapado, Edmund ha querido que me deshaga del niño y yo no quiero. No puedo ser tan cruel, ¿verdad?

—Y... ¿y sus padres?

—Les he dejado una carta. Contándoles todo lo que hice.

—Señorita Maya, yo...

—Perdóneme por inmiscuirlo en este asunto, pero no tengo a nadie más, alguien en quién confiar y que no me juzgue -, dijo, mientras pasábamos a una alcoba

—Ya... ya pensaremos en algo.

—Yo... yo no sé qué hacer.

—¡Cálmese, por favor! No le hará bien.

Esa noche la escondí en mi alcoba. Había decidido no involucrarme, porque el joven Edmund tenía razón, no era mi asunto. Pero, ¿cómo decirle que se fuera, qué no quería ayudarla? La desterrarían, eso era inevitable. Lo único que se me ocurrió fue que... ya era tiempo de regresar a casa.

Esa noche mi padre llegó y hablé con él. Le pedí permiso. Era verdad que quería visitar a la abuela, dentro de pocos días cumpliría un año. Eso también me serviría de excusa para ir y llevar a escondidas a Maya. Él se rehusaba a irse, sin embargo, al final me dio su beneplácito. Él llegaría dentro de tres semanas.

Dentro de poco el invierno empezaría nuevamente a asomar.

Al día siguiente todo estaba listo. Me despedí de mi padre, y Maya subió al carruaje cuando él ya estaba dentro de casa. Yo ya le había explicado lo que debía hacer. Me aseguré que padre quedara en el despacho para darle tiempo a Maya de entrar al coche. La señorita Anderson se encontraba nerviosa, le expliqué que en casa no había nadie y que ella y su bebé estarían a salvos allí. Luego le aseguré que yo me encargaría de mi padre cuando llegara el momento. Maya parecía aceptar lo que yo decía. Me estaba metiendo en un gran lío.

Capítulo XIV



Dentro del carruaje íbamos Maya, mi doncella y yo. Llegamos al pueblo más rápido de lo que me imaginé. Era extraño, muchas veces las llegadas son más cortas que las idas.

Todo el camino fue más bien para pensar. Ninguna de las tres dijo nada. Íbamos en silencio. Al llegar la invité a pasar a la gran sala que había en casa. Mandé a alistar un cuarto para la invitada de honor, los lacayos me acogieron con tanta alegría al igual que yo. Nos prepararon algo para merendar y tuve que forzar a mi convidada a que probara bocado, pues no tenía nada en su estómago. En su estado eso no era bueno.

La señorita Anderson pidió que la dejará descansar. Por supuesto que lo hice, pero para ser honesta me sentía muy preocupada. Tenía graves problemas, sé que no debía haber intervenido, pero, ¿cómo iba a abandonarla? Ella estaba tan sola y sin el apoyo de su familia. A estas horas ya sus padres seguramente sabían de su fuga y el señor Edmund estaría buscándola como loco.

También decidí descansar. Ya mañana sería otro día y vendrían nuevos asuntos qué resolver junto a los que ya estaban, sin dejar de brindar ayuda y sin importar las repercusiones que tendrían mis actos. Mi padre se disgustaría mucho por aquello, no tenía idea de lo que iba a decirle.

Desayunamos pan tostado, no obstante, la señorita Anderson aun no recuperaba su apetito. Por mucho que le pedía que se alimentara, ella no lograba retener nada de bocado y, en muchas ocasiones, tuve que acompañarla a vomitar. Aunque no era mi deber asistirle, no quise dejarla sola. Le propuse caminar, quizá así lograba bajar su malestar.

El día anterior no pude visitar la tumba de mi abuela, así que nos dirigimos hacia ese lugar. Estaba más frío por la llegada del invierno. Aunque, también me di cuenta que ella permanecía aquí. Era magia o algo inexplicable, jamás lo sabré.

Sentada en su lugar, debajo de su árbol mágico o como fuera que lo llamara, supe que aunque ya no la podía ver ni tocar, permanecería siempre conmigo, con cada recuerdo, con su voz en mi oído y con todo lo que hizo por mí. Me dolía, pero ese dolor había cambiado a un sentimiento distinto. Ahora sentía que no podía ser egoísta y enojarme con la vida por habérmela arrebatado, no. Debía ser agradecida, puesto que la disfruté el tiempo debido y ahora ella necesitaba descansar, ser feliz y libre, junto a su amado. La voz de la señorita Anderson me sacó de mis cavilaciones.

—Me disculpo por haberla puesto en tan mala situación, señorita Valeria.

—Se necesitan dos personas para hacer algo, sea bueno o malo.

—¡No sé qué voy hacer!

—Si sabe. Solo debe dejar el miedo. Sabe que tendrá ese bebé, desde el momento que ha huido de su hermano lo ha decidido. Mientras esté a mi alcance la ayudaré en lo que pueda.

—Pero, tendrá problemas con su padre.

—No nos preocupemos por mi padre. Cuando sea el momento de hablar con él y de enfrentarme, entonces lo haré.

—Este lugar es muy hermoso, me da la paz que he necesitado estos días —, me dijo. Yo también sentía eso. Entonces sonreí.

—¿Quiere escuchar una historia, señorita Maya?

—¿Una historia? Solo si tiene un final feliz. Me gusta saber que hay finales felices, aunque ahora yo nunca tenga el mío.

—¡No diga eso! Un día, cuando usted menos lo piense, su felicidad llegará, habrá algo para usted. Ese bebé le traerá alegrías, aunque ahora esté sufriendo. Con ese niño tendrá un final feliz. A veces creemos que solo somos felices cuando nos casamos con un hombre, pero hay muchos tipos de amor. Y usted, señorita Maya, experimentará un amor incondicional.

—Sí, pero lo rechazarán por ser un bastardo.

—No debe importarle lo que las personas piensen. No siempre hacemos lo que es correcto ante los ojos de la sociedad. Lo importante es hacer lo que nosotros creemos que es bueno. Aquello que nos haga feliz, debe ser nuestra prioridad.

—Sus palabras me llenan de una paz sorprendente —, me dijo, tomándome la mano. Poco a poco empezamos a sentir un viento bastante fresco, y el árbol, por alguna razón, empezó a moverse del mismo modo que lo hizo un año atrás. Desde ese momento ya no tuve ningún arrepentimiento de haber ayudado a la señorita Anderson. Sentí un gran cariño por ella, la pena o culpa que tenía desapareció por completo.

Y mientras continuábamos en ese lugar mis temores se convirtieron en realidad. No habían pasado ni tres días cuando mi padre llegó y por supuesto que no venía solo. Los vi acercarse, enfadados con ambas. Le dije a la señorita Anderson que se lo tomara con calma, por suerte así lo hizo.

—¡Valeria, estás en un grave problema! —, sentenció mi padre bastante molesto.

—Señorita Anderson, será mejor que vaya adentro con su hermano —, ordenó mi padre. El joven señor Anderson se quedó a una distancia prudencial.

—¿Puedes decirme en qué estabas pensando para meterte en este gran lio? —, apenas se alejó Maya me gritó enfadado. Ambos nos habíamos quedado debajo del árbol de mi querida abuela.

—No podía dejarla sola. ¿Habría preferido usted que la dejara abandonada en Londres, sin ningún tipo de ayuda?

—Eso hubiese sido mejor a meterte en un gran problema. Por suerte sus padres no saben que está contigo.

—Pero, ¿sí saben de su decisión?

—Sí, leyeron la carta. ¿Por qué has hecho algo así?, no has tenido una temporada de rebeldía, ¿te estás revelando ahora?, ¿es eso, Valeria?

—¿Qué? ¡No!, por supuesto que no. No quería dejarla sola y desamparada, es todo. Ella necesitaba mi ayuda, ¿cómo decirle que no?

—¡Estoy tan decepcionado contigo!

—Eso no es nuevo, padre, usted siempre me ha odiado -, dije, mientras caminaba

lentamente debajo del árbol

—¿Odiado?, ¿sabes siquiera el significado de esa palabra? ¡Nunca te he dicho semejante barbaridad!

—No es necesario. Usted me ha mostrado su rechazo desde que tengo memoria —. No supe por qué, pero la conversación estaba tomando otro rumbo. El árbol continuaba agitándose.

—Sé que no he sido un padre amoroso, pero nunca te he odiado Valeria.

—¿No? ¿Y por qué lo siento así? Me ha odiado por ser la culpable de que madre muriera.

—¿Qué? ¡Jamás vuelvas a decir eso!, ¿me entiendes? —, me dijo mientras se acercaba a mí.

—Tú no puedes cargar con culpa alguna. Yo... yo soy quien tiene que cargar con todo eso, por haber pedido a tu madre que tuviéramos otro hijo.

—¿Otro?

—Sí, mi madre nunca lo rebeló porque yo se lo pedí. Antes de ti íbamos a ser padre de un varón, pero murió durante el parto. El doctor dijo que Francis había quedado demasiado mal y que ya no debíamos arriesgarnos. Sin embargo, yo insistí, insistí tantas veces que hice cosas de las que no estoy orgulloso, hasta que al final tu madre terminó por aceptar. Después nos enteramos que estaba embarazada de nuevo y fui feliz, pero cuando ella murió, yo también morí por dentro —. Lo vi llorar por primera vez, avergonzado, quebrado. — Tú no lo puedes recordar, pero muchas veces, con tu sonrisa hermosa y tan dulce, con tus caricias, cuando por primera vez me llamaste papá, hacías doblegar mi corazón. No quise olvidar que era yo el culpable de la muerte de tu madre, por eso no me permití amarte, aunque a ti te he hecho sufrir.

— ¿Y por qué no me lo dijo en todo este tiempo?, ¿sabe usted qué se siente crecer sintiéndose culpable de algo por lo que no se es responsable? —, le grité, mientras mis ojos empezaba a empararse.

— Perdóname, Valeria, siento tanto el dolor que te he causado todos estos años —, respondió mientras inclinaba su rostro.

Por un largo tiempo ninguno dijo nada, hasta que di media vuelta para irme. Sin embargo, tan solo fueron unos pasos los que pude avanzar, cuando decidí regresar e hice lo que siempre había deseado: abracé a mi padre como nunca lo había hecho. Él estaba de espaldas y, al sentir mi afecto de cariño, se giró hacia a mí y también me abrazó fuertemente. Sentir el abrazo de un padre es lo más lindo que un hijo necesita sentir. Lloramos como niños, ni siquiera fue necesario que nos dijéramos todo. Yo ya lo había perdonado. Llorar ayuda a desahogarse, llorar hace que los nudos desaparezcan. Fue allí que tuve certeza que existe otro tipo de amor, el de un padre.

Ahora la vida, el universo, o lo que sea que existiera me regalaba ese sentimiento puro, inocente e incondicional. También le pedí perdón. Cuando dejamos de llorar aclaramos muchas cosas, por supuesto que no estaba excluida por lo de Maya, aunque padre me prometió que la ayudaría. Debíamos esperar cualquier decisión que tomara el joven Edmund. Agradecí ese gran gesto de mi padre y, antes de retirarse, me abrazó. Yo también lo volví a abrazar. Tardaríamos en acostumbrarnos, pero valía la pena.

Le dije que luego entraría, ya que necesitaba hablar con la abuela.

Capítulo XV



Si, ese árbol era “el árbol del amor”. Si era una historia verdadera o solo un cuento nunca lo sabré. Pero de algo estaba segura, en este mismo lugar, debajo de éste árbol comenzaba una nueva vida. Si había magia o algo no lo sé. No obstante, la abuela sí tenía razón en algo: debajo de este lugar habíamos apaciguado el dolor de tantos años. Hablé con ella, le di las gracias por todo y luego me tuve que disponer a hacer lo que no quería, enfrentar a alguien que estaba en todo su derecho, resistir al señor Edmund.

Al entrar a la biblioteca, que era el lugar en donde estaban esperándome, sentí que mi corazón amenazaba con salirse de mi propio cuerpo. Busqué palabras, pero no encontré ninguna. Dejé que el señor Edmund hablará y terminará con esto.

— Antes que nada, señorita Elton, he hablado con su padre y él está de acuerdo en que ha sido usted una insensata y su mal comportamiento está más que claro.

—Señor Anderson, yo no podía dejar a su hermana abandonada en Londres.

—Sin embargo, señorita Elton, lo que debió hacer, era notificarme, explicando la circunstancia. Pero no lo hizo. Se entrometió en un asunto delicado.

—Siento mucho haberme entrometido, pero no lamento haber ayudado a su hermana.

—Señor Elton, sé que es su casa, pero, ¿podría hablar a solas con su hija?

—Si estás de acuerdo, lo haré Valeria. Si quieres que me quede, aquí estoy —, me dijo mi padre. Le respondí que estaba bien que me dejara a solas, él lo pensó un poco más, pero al final lo hizo. En esas circunstancias no importaba si me quedaba sola con él, pues estaba en su derecho de reclamar.

—¿Qué hará con su hermana?, si me permite la pregunta.

—Ella ha dejado claro que no quiere perderlo, mis padres están como locos buscándola. Mi padre está decepcionado y mi madre ha dicho que la desterrará por completo. Ya no puedo hacer nada, ella es una mujer adulta. Ya ha tomado su decisión.

—¿Dejará que se quede aquí?

— ¿Aquí? No, la llevaré a un convento.

—¿Convento? ¡Esta mejor aquí!

—No, y por favor no siga entrometiéndose.

—Dice que es una mujer, que ha tomado su decisión. Entonces, deje que tome su decisión, que ella decida donde quedarse.

—No dejaré que su padre cargue con un escándalo que no le pertenece.

—Señor Anderson, creo que usted no sabe, eso a mi padre no le molesta. Nunca lo afectaría, él era hijo de un sirviente.

—¿Qué?, ¿cómo es posible?, usted está mintiendo.

—Mi padre no anda contando sobre su vida personal a todos, pero es la verdad, puede ir usted a preguntarle, él no lo negará. Por lo tanto, no le importará dejar que Maya se quede.

—¿Por qué la ayuda? —, me preguntó, acortando la distancia que había entre los dos.

—Porque la vida me está enseñando que hay muchos tipos de amor, su hermana es un amor de hermana y también ahora de una criatura que nos traerá cariño y felicidad. ¡Sé que se siente no sentirse amado, no quiero que ese bebé pase por lo mismo!

—¿Cree usted en el amor de un hombre señorita Elton? —, me preguntó mientras sus ojos me miraban con pasión, con dulzura.

—Temo que ese amor, señor Anderson aun no llega a mi vida —. Por alguna razón, cuando respondí eso, se enojó tanto, solo asintió y se separó.

¿Qué quería escuchar?, ¿qué cuando estaba cerca de él me hacía sentir única, especial, que la piel se me erizaba cada vez que él se acercaba?, ¿qué cuando sus ojos me miraban de esa forma, me quebraba de alguna manera?, ¿qué hacía que me sintiera tan nerviosa, que soñaba y pensaba en él? ¿Era eso? No, no debía ser tonta, él ya había escogido su camino. Yo no podía decirle que lo amaba, porque en verdad era eso, era amor lo que sentía por él. Ahora lo entendía, aunque, lo admitía solo para mí, en mi silencio.

—Retírese. Por favor, dígame a Maya que venga —, dijo de pronto y dándome la espalda.

No quise escuchar detrás de la puerta, porque esa actitud era reprochable. Me sentía desbastada, había conocido el amor, ese tipo de amor, pero nada podía hacer. Mi corazón me dolía. Muchas lágrimas salieron, cuando pensaba que ya había derramado todas las que podía. Después, él salió junto a su hermana y habló algunas cosas con mi padre. Todo fue tan rápido. No tardó un cuarto de hora cuando él ya se había ido.

Ni siquiera me vio, no le dijo adiós a su pobre hermana y parecía molesto con mi padre. No quiso aceptar quedarse por esa noche, aunque los caminos eran solitarios y peligrosos, eso a él no le importó, lo único que quería era marcharse.

Maya me contó que le había preguntado si quería quedarse. Al menos en eso me escuchó. La dejó tomar su propia decisión. Mi padre le dijo al joven Anderson que no era ninguna carga y que aceptaría la compañía de una amiga para mí. También le confirmó mi historia acerca de su estatus social. Mi padre nunca se avergonzó por eso, aunque era discreto.

Epílogo

El invierno ya nos invadía, el frío otra vez calaba dentro de nuestra piel. Poco a poco, la señorita Anderson empezaba a mejorar, no se sentía sola o al menos lo intentaba. Su vientre empezaba a notarse y eso nos agradaba a todos. Nos hicimos amigas, ninguna de las dos nos juzgábamos y siempre nos escuchábamos.

Antes no podía decir que tenía tantas amigas, pero ahora ya tenía tres. Con Amelia nos escribíamos mucho, fue ella quien me contó el escándalo de su familia y que sus tíos estaban tan descontentos. También fue ella quien me informó que el compromiso de su primo había sido cancelado por la situación embarazosa de su hermana.

Tuve que decírselo a Maya. Ella, por supuesto, lloró y se culpó por la desgracia de su familia. No le dije a Amelia que su prima permanecía en mi casa, ni siquiera a Leticia. Y parece ser que tampoco lo dijo el señor Edmund.

Esa navidad fue distinta. No fuimos a Londres con Amelia ni Leticia, rechazamos la invitación para quedarnos con Maya. La relación con mi padre cada vez fue mejor. Él era más amoroso y constantemente me abrazaba. También trataba muy bien a Maya y siempre tratábamos de hacer lo mejor para ella.

La señorita Anderson empezó a aceptar su condición de embarazo, muchas veces trató de ayudar a las doncellas en alguna tarea doméstica, pero ni mi padre ni yo se lo permitimos. Ella era nuestra invitada y no debía realizar tareas que no le correspondían, así se lo hicimos saber, hasta que varias semanas después ella empezó a aceptar y recibir tanto cariño de nuestra parte.

No podíamos ir a caminar porque las lluvias eran cada vez más fuertes, entonces el tiempo que teníamos lo aprovechábamos para tejer ropita de bebé. También empecé a tocar cuando estábamos juntas en la sala de estar. Quedé sorprendida al escucharla, ella cantaba muy bien. Así nuestras tardes mejoraron, ella con su canto y yo con el piano. Reíamos cada vez que uno de las dos desafinaba. Una tarde de esas, cuando ya el embarazo alcanzaba un poco más de los cuatro meses, el bebé pateó por primera vez. Recuerdo que ese día enloquecimos.

Ella se daba cuenta que no estaba sola y yo le afirmé que siempre estaría para ella y padre también. Cuando dejaba de llover, la llevaba siempre al árbol. Ese lugar era tan especial, que también para ella se volvió único. Bien abrigadas, conversábamos animadas. Me decía que no extrañaba su vida en el gran Londres, pero sí, anhelaba que su familia la aceptara, aunque para ella eso fuese pedir demasiado.

Ya estábamos acostumbradas a estar juntas todo el tiempo, a abrazarnos, a reírnos juntas y a contarnos historias. Cada vez, todo eso me resultaba cómodo y bonito. Ambas hicimos una lista de nombres, si era niño o niña. Nos habíamos hecho tan unidas.

Por mi parte, la admiraba por su gran coraje y valentía, traer a un niño lejos de todos los recursos que ella había tenido no era fácil, también me asombraba por no importarle que la desterraran. Regresamos a casa pues empezaba a asomar una lluvia fuerte.

¿Qué si pensaba en él?, sí; ¿soñaba con él?, siempre; ¿el corazón me latía cada vez que sentía escuchar su voz?, sí. Y “sí” a todo lo que se pueda imaginar... sí quería verlo, aunque fuera solo por un momento.

Lo mejor del día era cuando llegaba la noche y podía soñar con él, imaginarlo junto a mí, hablándome, mirándome, tomándome de la mano, abrazándome.

Por alguna razón, esa noche no podía dormir. Me acerqué a la ventana, el cielo estaba en

tinieblas, los árboles se movían tanto que provocaban miedo, el viento susurraba. Cuando mi vista bajó al camino de nuestra casa, creí ver a alguien. Tomé una bata para el frío y fui a llamar a mi padre, no obstante, por mucho que tocara fuerte, él no me escuchaba. Pensé en despertar a Maya, pero ella estaba cansada. Los cuartos de los sirvientes estaban en la parte de atrás, así que tardaría en llamarlos, entonces hice lo que creí debía hacer.

No dudé en bajar al primer piso y tomar un arma cargada, aunque no podía usarla. Quise esperar a que el hombre se acercará, pero con mi necia valentía, o más bien irresponsabilidad, abrí la puerta y con un paso seguro empecé a andar hacia la silueta del hombre. No podía verlo, todo estaba tan oscuro que era difícil distinguirlo. Avancé con el arma apuntando.

Bajó del caballo y fue cuando lo distinguí. Había pensado tanto en él, que lo llamé con el pensamiento. Se acercó a mí con paso decidido. Poco a poco bajé el arma, la lluvia apenas empezaba a mojarme, pero él ya estaba empapado.

—¿Es que está usted loco?, ¿quiere que lo mate?

—No creo que pudiera hacerlo, estaba apuntando hacia otra dirección —, respondió, mientras se acercaba.

Ni siquiera se limitó a dejar un espacio que fuera prudencial, estaba tan cerca que me asustó. Yo empecé a caminar seguida por él.

—Si... si —, tartamudeaba con cierta duda, o quizá por temblar y estar completamente mojado y con mucho frío. — Si existe la posibilidad que usted sienta algo por mí, ahora mismo, si sus sentimientos hacia a mí son algo más que pueda tenerle a un simple conocido, quiero saberlo, señorita Elton.

No hubo más preámbulos. ¡Yo no podía creerlo! Me giré hacia a él y caminé para cortar la distancia que yo misma había puesto. Dejé a un lado el arma y le pregunté tan de cerca, que podía sentir su tibio aliento:

—¿Qué acaba usted de decirme?

—La amo, señorita Elton. La amo, desde hace tanto tiempo. Creí que era algo pasajero, no obstante, aun estando lejos de usted, su imagen no me abandonaba. Cuando la volví a ver, fue cuando me di cuenta que mi corazón latía solo cuando usted estaba cerca de mí, que mi espíritu sufría cuando usted se alejaba. ¡Por favor, dígame si siente algo por mí!, aunque fuese pequeño. Debe saber que me haría el hombre más feliz, si no siente nada me iré y no volveré a su vida.

—No pienso mentirle, señor Anderson. ¿Sabe por qué las noches son mis partes favoritas de los días? —. Sus ojos no respondieron, preguntaban, querían una respuesta a mi propia pregunta.

— Porque cuando llegan, sé que usted me espera en mis sueños — le revelé. Observé cómo su rostro se llenaba de alegría y soltaba un enorme suspiro.

Debajo de aquella lluvia me besó por vez primera. Un beso cálido, dulce, exquisito, un beso lleno de amor, deseo, desesperación y felicidad. Entró a casa, mi padre nos encontró a los dos y conversamos sobre lo que sucedía. Después que Edmund le pidió mi mano, él bendijo el noviazgo.

Por la mañana siguiente, Maya se sintió feliz al saber la noticia. Edmund también quería arreglar las cosas con su hermana, sabía que obtener su perdón sería difícil, pero estaba dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario.

Nos dijo que había hablado con sus padres acerca de su matrimonio. Por supuesto que su madre se rehusaba a aceptarme, porque quería una marquesa o una duquesa como esposa para su hijo. El señor Anderson aceptó con mucho gusto. Aunque ninguno de los dos me hubiese aceptado, a él no le habría importado, así me lo expresó. También nos manifestó que cuando él

obtuviera el título de marqués, le daría el apellido a su sobrino y lo protegería. Para ese momento nosotras nos enteramos que él enviaba algo de dinero cada semana a mi padre para su hermana. Fue un gesto tan bondadoso, que hizo que yo enloqueciera más por él.

Quise saber sobre el momento en que él empezó a sentir amor por mí. Me dijo que comenzó a sentir algo al escucharme tocar el piano, pero que fue el día en que estábamos debajo del árbol cuando aquel sentimiento salió a flote y le provocó miedo. Hablamos de lo que ocurrió, ni él sabía cómo explicarse, aunque sí supo que algo raro y especial había pasado en ese instante. Ese mismo día, también yo empecé a sentir algo hermoso por él.

Antes no quiso mostrarme sus sentimientos, puesto que sabía que rechacé a tantos pretendientes y él no quería ser uno más en mi lista de rechazados. Su orgullo le impedía revelar su amor, pero ese día que llegó a casa, empapado de agua, estaba decidido. Tenía que preguntar y no quedarse con la duda toda su vida.

No sé si creer en ese árbol del amor, pero si un día vienes a Claverton y miras un árbol distinto, siempre verde en el invierno, incluso en el otoño, con sus flores rojas y amarillas, no dudes en sentarte un momento bajo su sombra.

Si es real o solo una historia, no soy quién para ponerla en duda. Lo que sí sé es que, en ese lugar, el amor floreció y se fortaleció, conocí el afecto de una hermana, y hubo perdón.

Fin

Agradecimientos

Esta es una de las partes más especiales que hay para mí, aunque, expresar mi gratitud es difícil, las palabras no son suficientes pero allá voy.

A Dios primeramente, porque él es que me da estas historias para contar, sin él, mis personajes no tuvieran voz, sé que soy un pincel en sus manos y sin sus hermosas historias (porque hasta yo las disfruto), no pudiera yo escribir nada. Gracias por hacer mi sueño realidad.

Agradezco a mi padre que es mi roca, el mayor apoyo que pueda tener, sin él, difícil ustedes leyeran algo tan trabajado, su paciencia la admiro y su capacidad de hacer todo lo que un editor hace, para mí, no tiene valor ni palabras.

Mi gran editor, que no cambiaría por nada, mil gracias don Juan Carlos Sarmiento Martínez, por todo lo que me enseña, por alentarme a ser cada día como vos y sobre todo por tu absoluta ayuda, sin Dios y sin vos no podría estar aquí. El mejor papá, abuelo, editor, consejero.

Gracias a mi familia, mi hermosa bebé que desea tener un poco más de edad para leer bien mis historias, deseo que te guste tanto la lectura como a mí.

A mi esposo, este relato es su preferido (no es la segunda que escribo, pero si la segunda que publico) ya desea tener una copia en sus manos, está loco por disfrutarlo y adquirirlo en físico. Es una gran ayuda, mi diseñador especial, gracias, mil gracias.

Hermosa gente, a vos, gracias, porque le has dado nueva oportunidad a otra historia, porque muchos querían leer otro escrito mío, gracias por haber aceptado mi primera novela. Mi intención siempre es que disfruté, te traslades a otro lugar y puedas conectar con cada personaje, otra vez puedo decir, que volverás a acoplar con ellos.

Que disfrutes, y por favor, no dejés de escribir una reseña o darme una opinión, asimismo, te invito a que me sigas en mis cuentas en Instagram y Facebook, trataré de estar a tu altura. Gracias querido lector, mil gracias.

Perdona, te hará libre y ser mejor persona.